

MAS ALLA DEL INFINITO

Clark Carrados

CIENCIA FICCION



La conquista del ESPACIO

CLARK CARRADOS

MÁS ALLÁ DEL INFINITO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 486

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal B 33.723 - 1979
Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: DICIEMBRE, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

CAPITULO PRIMERO

El profesor E. Kerrigan era un hombre todavía joven, ya que no había llegado al medio siglo, y tremendamente vital y optimista, a lo que era preciso añadir una inteligencia superior y una mente excepcional. Bajo de estatura, apenas si alcanzaba el metro sesenta, era enormemente fornido, con brazos de gorila y una fuerza física poco común, lo que no excluía una infinita delicadeza en sus gruesos dedos, capaces de tratar con absoluta precisión los instrumentos más sensibles.

El profesor Kerrigan amaba la vida por encima de todo y le gustaba divertirse con tanta intensidad como cuando se entregaba a su trabajo. Era capaz de pasarse una semana entera dé juerga, sin descanso, lo mismo que se pasaba dos en su laboratorio, antes de dar alguna señal de fatiga. Las cejas, espesas, anchas, casi juntas, contribuían aún más a dar aquella sensación simiesca a su rostro, de nariz un tanto chata y de labios gruesos, que rara vez estaban fruncidos en un gesto de cólera. Ahora estaban distendidos en un amplio gesto de placer.

Situado frente a la hermosa joven que se agitaba frente a él, Kerrigan se movía frenéticamente al ritmo del último baile de moda, el «rock del fuego», una explosiva combinación de las danzas más disparatadas, que era interpretada por uno de los grupos musicales más en boga en aquella época, mediados del siglo XXII.

La mujer era pelirroja, de bellos y movedizos senos, apenas velados por unos trocitos de tela blanca, empalmados con algo que quería ser una falda y no era sino un poco de tejido azul vivo. Las yemas de los índices de los dos pares de manos eran lo único que se mantenía en contacto de ambos cuerpos. Kerrigan y la pelirroja parecían sumidos en el éxtasis de la danza, ajenos por completo a los cientos de parejas que se movían en la gran sala con no menor frenesí, mientras vivos destellos multicolores brillaban por todas partes, produciendo efectos de luz realmente fantásticos.

De pronto, Kerrigan sintió que alguien le tocaba en el hombro.

—Hermano, vete al cuerno —dijo el profesor, sin dejar de moverse epilépticamente.

—Soy el coronel Pemberton —dijo el individuo.

—Cariño, ¿quién es ese fulano? —preguntó la pelirroja.

—Un pelmazo —contestó Kerrigan.

—Profesor, le llama «él». Ha conseguido lo que usted quería —informó Pemberton, sin dejar de perseguir a la pareja a través de la pista.

—¿Ah, sí? Bueno, que se lo meta en los... Perdona, guapa; iba a decir una barbaridad...

—Por mí, puedes hacerlo —contestó ella riendo alegremente—. Tengo tapones en los oídos.

—Profesor, es urgente —insistió Pemberton, serio como un poste de telégrafos.

De pronto, Kerrigan vio algo que atrajo su atención instantáneamente.

Había una gran pasarela en voladizo, que corría a todo lo largo de las paredes de la sala, y a la que daban numerosas puertas. Sobre los dinteles se veían encendidas sendas lámparas rojas. Una de ellas, sin embargo era de color verde.

—Hermosa, es nuestra ocasión —exclamó Kerrigan.

Y, de repente, se arrojó sobre la joven y la alzó en sus poderosos brazos.

—Por cierto, no me has dicho aún cómo te llamas —sonrió.

—Pamela —contestó ella—. ¿Y tú?

—E... bueno, llámame Ed.

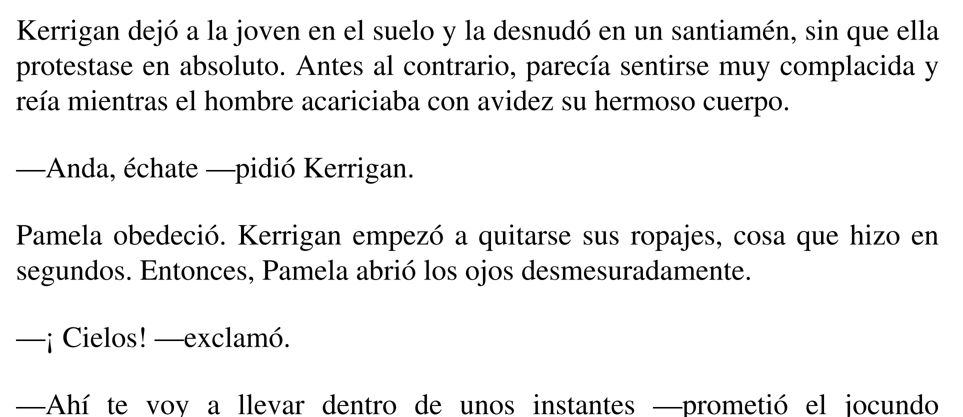
Kerrigan echó a correr hacia la escalera que conducía a la pasarela superior. Una parecía, en idénticas condiciones, intentó pasarles, pero Kerrigan, actuando como un consumado jugador de rugby, cargó con el hombro izquierdo y derribó al hombre, que cayó al suelo junto con su pareja. El profesor, que no parecía notar en absoluto el peso del cuerpo femenino, subió los escalones de cuatro en cuatro y se plantó ante la puerta sobre la que brillaba la lámpara verde.

Pamela abrió y los dos se precipitaron en la habitación. Kerrigan cerró de un taconazo y miró a la joven.

—¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez lo que podría sucederte si estuvieses en la selva africana y te encontrases con un gorila? —preguntó.

—No, pero me gustaría saber qué pasaría —respondió ella maliciosamente.

—Algo muy parecido a lo que va a suceder aquí dentro de unos instantes.


Kerrigan dejó a la joven en el suelo y la desnudó en un santiamén, sin que ella protestase en absoluto. Antes al contrario, parecía sentirse muy complacida y reía mientras el hombre acariciaba con avidez su hermoso cuerpo.

—Anda, échate —pidió Kerrigan.

Pamela obedeció. Kerrigan empezó a quitarse sus ropajes, cosa que hizo en segundos. Entonces, Pamela abrió los ojos desmesuradamente.

—¡ Cielos! —exclamó.

—Ahí te voy a llevar dentro de unos instantes —prometió el jocundo profesor.

Dos horas más tarde, Pamela salió de la habitación, con los ojos extraviados, y tambaleándose como si hubiese bebido en exceso. Se había puesto el vestido de cualquier manera y el seno derecho quedaba al descubierto.

Entonces divisó al coronel Pemberton parado junto a la puerta, esperando flemáticamente, con los brazos cruzados, ajeno por completo al bullicio que todavía continuaba en la sala.

—Oiga, esa fiera... ¿es su amigo? —preguntó Pamela desmadejadamente:

Pemberton asintió.

—Sí, señorita —contestó.

—¡Qué salvaje! Nunca había visto nada igual. Oiga parecía una ametralladora...

—¿De veras? —Pemberton dulcificó su rostro un poco y sonrió—. Dicen que es un tanto... impulsivo...

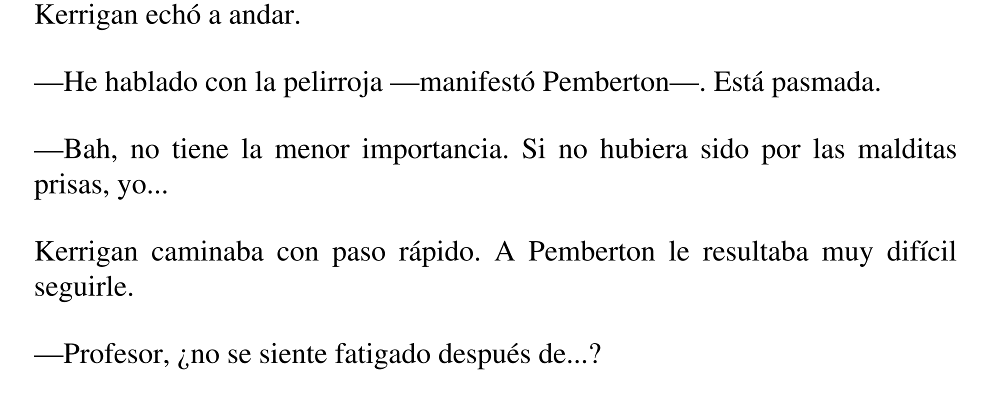
Pamela levantó las dos manos. Los dedos de la derecha estaban completamente extendidos. En la izquierda se veían dos.

—Sí, una ametralladora —repitió, mientras se alejaba con paso inseguro.

Kerrigan apareció a poco, subiéndose la cremallera de su mono de color azul vivo, adornado con retazos de tela amarilla.

—Dispénseme, coronel —dijo—. Ya estoy listo.

—Sí, profesor.



Kerrigan echó a andar.

—He hablado con la pelirroja —manifestó Pemberton—. Está pasmada.

—Bah, no tiene la menor importancia. Si no hubiera sido por las malditas prisas, yo...

Kerrigan caminaba con paso rápido. A Pemberton le resultaba muy difícil seguirle.

—Profesor, ¿no se siente fatigado después de...?

Kerrigan soltó una homérica carcajada.

—¿Quién, yo? Pero, hombre, si no ha sido más que un aperitivo —exclamó —. Además, resultó muy sosa; bastante monótona, créame, coronel. Claro que cuando no se tiene otra cosa a mano...

—¿A mano? —preguntó Pemberton maliciosamente.

—Bueno, al alcance de... Dejemos esto ya de una vez, diablos —gruñó Kerrigan, mientras salían al exterior—. ¿Qué tal es el sujeto?

—Exactamente el que buscábamos, profesor —respondió Pemberton—. Se llama Ken Lane.

* * *

Durante un buen rato, Kerrigan permaneció abstraído, concentrado en el estudio de los documentos contenidos en la carpeta que Pemberton le había entregado apenas llegaron al despacho oficial del primero. Además de los dos hombres, había un tercero.

Era Jean LePont, Ministro de Ciencia y entusiasta favorecedor del plan ideado por Kerrigan. Este levantó por fin la cabeza y sonrió complacido.

—Es el sujeto ideal —afirmó.

—Falta saber sí querrá aceptar —manifestó LePont dubitativamente.

—Oh, para mí no hay duda alguna —dijo Kerrigan—. Por supuesto, a reserva de lo que nos informe la máquina.

—El informe será positivo —aseguró Pemberton.

LePont se puso en pie.

—Bueno, por mi parte, es todo lo que quería saber —dijo—. Informaré a su excelencia de que tenemos el primero de los sujetos requeridos para el experimento.

—Muy bien, ministro. Le llamaré en otro momento —prometió Kerrigan. Se volvió hacia Pemberton—. Coronel, ¿quiere hacer pasar al sujeto? —solicitó amablemente.

—Sí, señor.

Ken Lane entró por una puerta, mientras el ministro salía por otra. Lane era un hombre joven, de unos veintiocho años de edad, de buena estatura, anchos hombros y facciones regulares. El pelo era negro y había en su rostro una cierta expresión de energía, contenida en aquellos instantes por su ignorancia de la situación.

—Señor Lane, le presento al profesor Kerrigan —dijo Pemberton.

—¿Qué tal, muchacho? —saludó Kerrigan.

—Encantado de conocerle, señor. Había oído hablar mucho de usted, pero no había tenido el gusto de saludarle personalmente.

—Ahora ya tiene ese gusto —rió el profesor—. Muchacho, ¿sabe que le hemos estado estudiando durante meses enteros, sin que usted, naturalmente, se diese cuenta de ello?

Lane alzó las cejas.

—¿Estudiarme a mí? ¿Por qué? ¿He hecho algo malo?

—No, pero lo hará, a menos que nosotros intervengamos. Con su colaboración, claro.

—No entiendo nada...

—Lo entenderás muy pronto, Ken —dijo Kerrigan, tuteándolo de repente—. Verás, vamos a llevar a cabo un experimento y tú serás el encargado de realizarlo. Si no me equivoco, tienes el título de ingeniero superior de primer grado.

—Es cierto.

—Un título que muy pocos alcanzan y menos a tu edad. Yo tengo cuarenta y ocho años y hace solamente seis que me lo aprobaron. Tú lo has logrado hace

uno, es decir, cuando tenías veintisiete años.

—Hubo algo de benevolencia en el tribunal calificador de mi tesis —dijo Lane modestamente.

—Ese tribunal no es nunca benévolo ni concede títulos por simpatía —dijo Kerrigan rotundamente—. Además, eres sano de cuerpo y de mente, tienes unos antepasados perfectos y no se esperan de ti efectos perniciosos en la herencia psicosomática. Salvo en un punto que es precisamente el que deseamos evitar. Por tu bien y por el de la humanidad entera.

Lane se echó a reír.

—Profesor, no me diga usted que la humanidad corre peligro y Que yo voy a ser su salvador —exclamó jovialmente.

—Algo por el estilo —murmuró el científico—. En fin, cuanto antes lo sepas, será mejor para todos. Vas a pilotar la nave que debe viajar a Andrómeda.

Lane dejó de reír en el acto.

—Eso es una broma de muy mal gusto —dijo.

—No es una broma, muchacho.

—Son dos millones de años luz...

—*Que* puedes recorrer en segundos, Ken.

—Ya, en bicicleta.

—En la nave movida por el motor que yo he inventado.

—Ese motor consiste, seguramente, en una caldera de vapor, alimentada por carbón de piedra, como a finales del siglo XIX.

—No seas cáustico, muchacho.

—Pero, ¿espera acaso que me crea esa historia? Todavía, y con grandes dificultades, puede llegarse a la nebulosa anular de la Lira, a veintisiete años luz... ¡y usted me está hablando de «dos millones»! —protestó Lane enérgicamente.

—Ken, quizá no lo sepas, pero no eres el único al que hemos estudiado con toda discreción. A decir verdad, elegimos a unos seiscientos candidatos, de los que eliminamos a todos, tras profundas investigaciones, para quedarnos

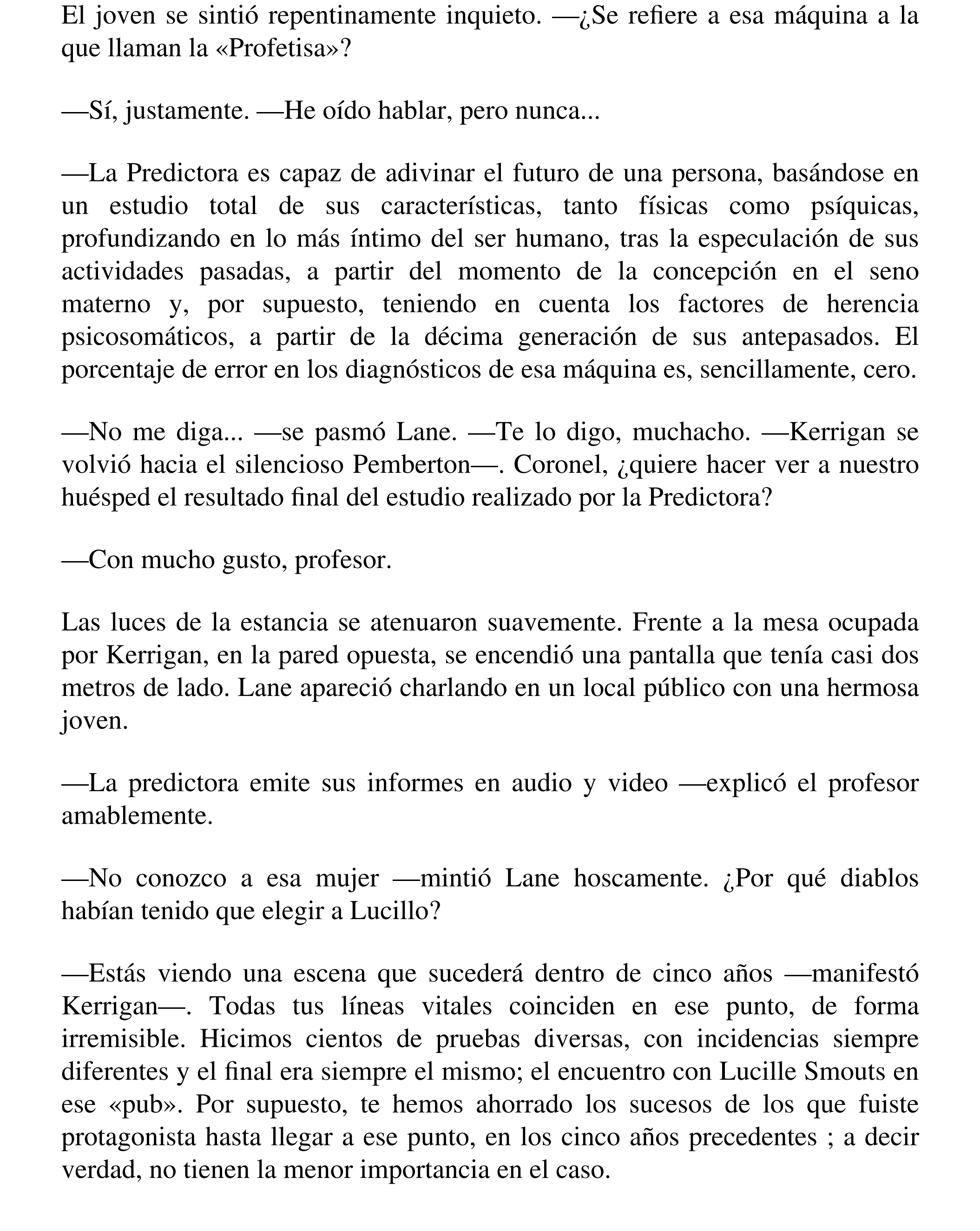
finalmente contigo. Te guste o no, irás a Andrómeda. Y, espero, volverás de allí, para contar qué hay más allá de nuestra galaxia.

Hubo un instante de silencio, luego, Lane, muy despacio, pero con toda firmeza, dijo:

—Profesor, no sé qué clase de maravilloso artefacto habrá podido inventar usted, ni me importa en absoluto. Sólo le diré una cosa: no pienso meterme en ese cacharro por todo el oro del mundo, ni aunque me obliguen a ello un batallón de soldados armados hasta los dientes.

—Te equivocas, Ken —dijo Kerrigan sin inmutarse—. «Tú» irás a Andrómeda. O, de lo contrario, te dejaremos libre, para afrontar tu futuro.

CAPITULO II



De nuevo se produjo otra pausa. Bruscamente, Kerrigan se puso en pie.

—Ken, ¿has oído hablar alguna vez de la Predictora? —preguntó.

El joven se sintió repentinamente inquieto. —¿Se refiere a esa máquina a la que llaman la «Profetisa»?

—Sí, justamente. —He oído hablar, pero nunca...

—La Predictora es capaz de adivinar el futuro de una persona, basándose en un estudio total de sus características, tanto físicas como psíquicas, profundizando en lo más íntimo del ser humano, tras la especulación de sus actividades pasadas, a partir del momento de la concepción en el seno materno y, por supuesto, teniendo en cuenta los factores de herencia psicosomáticos, a partir de la décima generación de sus antepasados. El porcentaje de error en los diagnósticos de esa máquina es, sencillamente, cero.

—No me diga... —se pasmó Lane. —Te lo digo, muchacho. —Kerrigan se volvió hacia el silencioso Pemberton—. Coronel, ¿quiere hacer ver a nuestro huésped el resultado final del estudio realizado por la Predictora?

—Con mucho gusto, profesor.

Las luces de la estancia se atenuaron suavemente. Frente a la mesa ocupada por Kerrigan, en la pared opuesta, se encendió una pantalla que tenía casi dos metros de lado. Lane apareció charlando en un local público con una hermosa joven.

—La predictora emite sus informes en audio y video —explicó el profesor amablemente.

—No conozco a esa mujer —mintió Lane hoscamente. ¿Por qué diablos habían tenido que elegir a Lucillo?

—Estás viendo una escena que sucederá dentro de cinco años —manifestó Kerrigan—. Todas tus líneas vitales coinciden en ese punto, de forma irremisible. Hicimos cientos de pruebas diversas, con incidencias siempre diferentes y el final era siempre el mismo; el encuentro con Lucille Smouts en ese «pub». Por supuesto, te hemos ahorrado los sucesos de los que fuiste protagonista hasta llegar a ese punto, en los cinco años precedentes ; a decir verdad, no tienen la menor importancia en el caso.

—¿Qué sucedió después? —quiso saber el joven.

—La frase exacta es: «¿Qué sucederá?» —corrigió el profesor—. Pero lo vas a ver ahora mismo.

Lane se vio a sí mismo abandonar el local, en compañía de la hermosa Lucille. Subieron a un aeromóvil y se encaminaron a un altísimo edificio, en cuya terraza "se apearon.

La imagen dio un salto. Kerrigan dijo que era para evitar la proyección de detalles eróticos.

Lane y Lucille aparecieron poco después en una habitación, ambos completamente desnudos. Lucille estaba arrodillada, con las manos en el cuello, en torno al cual tenía un cordón, cuyos extremos sujetaba Lane con ambas manos.

El bello cuerpo de Lucille se agitaba con terribles convulsiones, mientras Lane, con una satánica expresión en su rostro, parecía disfrutar con la agonía de la joven. Al cabo de un rato, las manos de Lucille cayeron a sus costados, Todavía sufrió un par de convulsiones antes de quedar completamente inmóvil.

Luego, el joven se vistió, apagó la luz del dormitorio y salió de la estancia.

Kerrigan alzó una mano.

—Es suficiente, coronel —dijo.

—Sí, profesor —contestó Pemberton, sin perder en absoluto su impasibilidad habitual.

Las manos de Lane temblaban.

—Dios, no puedo creer que yo acabe un día siendo un asesino...

—La Predictora no se equivoca «jamás» —dijo Kerrigan enfáticamente—. Coronel, dele una copa a nuestro invitado; la está necesitando más que nada en este mundo.

—Por supuesto, profesor.

Lane vació la copa de un trago y alargó la mano.

—Más —dijo roncamente.

—Claro —sonrió Kerrigan.

Después de la segunda dosis, Lane pareció sentirse un poco mejor.

—¿Y bien, profesor?

—Muchacho, como puedes comprender, la Predictora sólo se hace funcionar en casos de verdadera necesidad —dijo el profesor calmosamente—. Si fuéramos a usarla con todo el mundo, no haríamos otra cosa en las veinticuatro horas del día y, aun así, no tendríamos suficiente en un millón de años. Por tanto, utilizamos la máquina en casos de verdadera importancia.

—¿Lo es el mío? —preguntó Lane.

—Vas a viajar a dos millones de años luz de distancia. En kilómetros, esa distancia se representaría por la cifra dos, seguida de DIECINUEVE CEROS. Como puedes comprender, es un caso auténticamente importante.

—Pero... —Lane se sentía terriblemente desconcertado—. No hay aparato capaz de viajar a una distancia semejante...

—Lo hay —afirmó Kerrigan.

—No lo creo.

—Estás en tu derecho, Ken.

Lane miró oblicuamente a su interlocutor.

—¿Qué pasaría si me negase a ir? —preguntó—. ¿Me obligarían a pilotar esa nave?

—Oh, no, en absoluto —contestó Kerrigan con plácido acento—. Simplemente, te dejaríamos marchar, Pero de forma inevitable, dentro de cinco años, encontrarías a

Lucille Smouts y la asesinarías. Lógicamente, la justicia actuaría y...

Lane tragó saliva.

—Diablos, parece que no tengo otra alternativa —exclamó.

—No, no la tienes.

—Y... oiga, profesor, antes me parece haberle oído decir que puedo llegar a Andrómeda en cuestión de segundos.

—Sí.

—Eso es un disparate. A Andrómeda sólo se llega tan pronto con el pensamiento.

—Eres un chico muy listo, Ken —rió el profesor—. Porque precisamente, es el pensamiento lo que moverá a tu nave.

* * *

—Señoras, señores, la empresa se va a derrumbar cualquier día y no podremos evitarlo —dijo Rystler P. Honnicut con tanta tranquilidad como si estuviera hablando del próximo fin de semana.

Hubo un sobresalto general entre los miembros del consejo de administración de la «Star & Galaxy Transports». La empresa funcionaba satisfactoriamente, había producido saneados dividendos en el último ejercicio y el anuncio de la próxima ruina de la sociedad que controlaba la mayor parte de los transportes espaciales, había pillado por sorpresa a todos los consejeros.

—Pero eso es imposible —exclamó uno—. Las acciones se cotizan con mayor fuerza que nunca...

—No tenemos apenas competidores —dijo otro.

Uno de los miembros del consejo era mujer y, como tal, hizo una pregunta muy práctica;

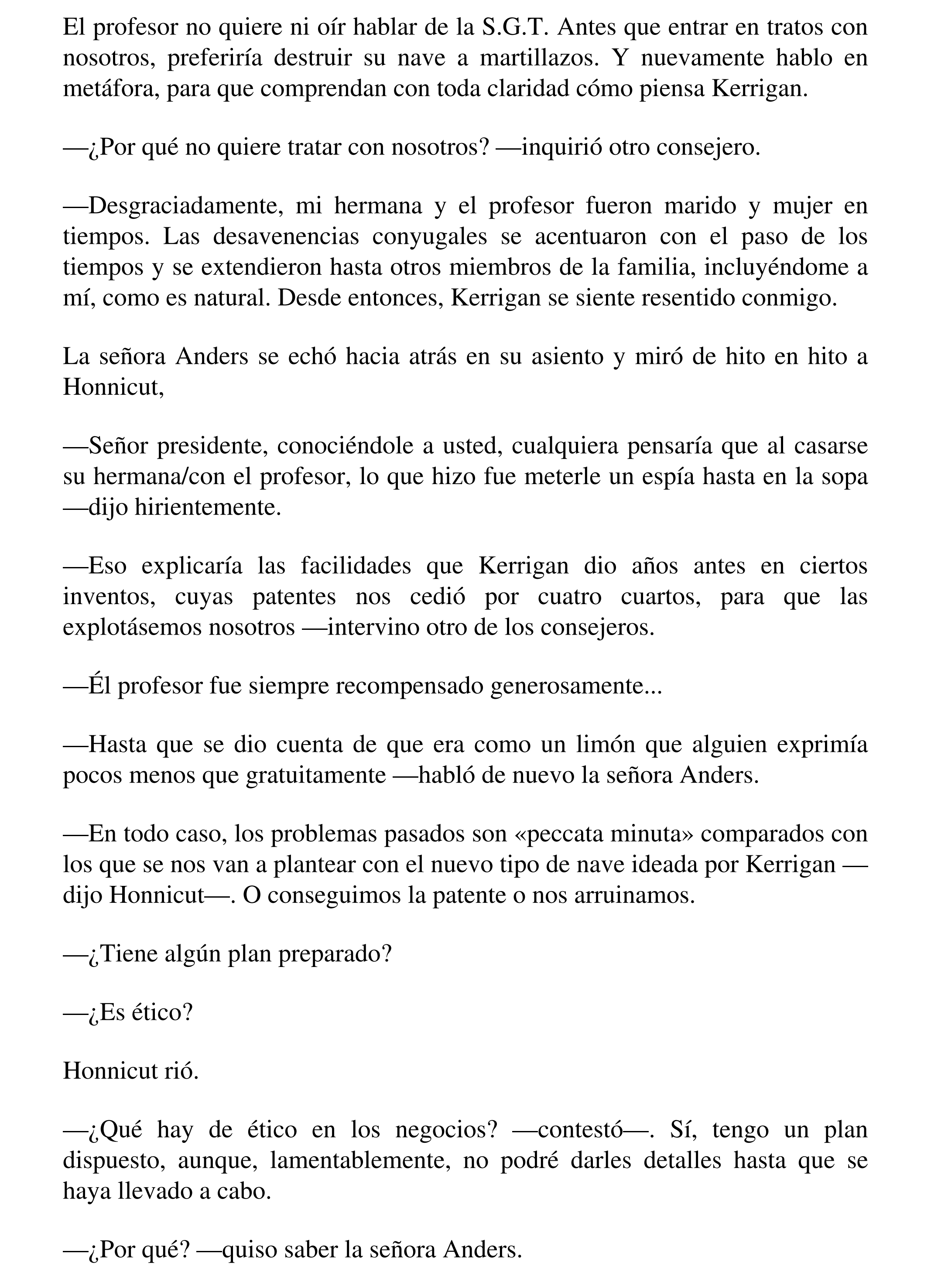
—¿En dónde está nuestro fallo, señor presidente?

Honnicut sonrió.

—Señora Anders, nuestro fallo está en el nuevo tipo de astronave construida por el profesor Kerrigan —dijo—. Por el momento, desconozco todavía la mayor parte de sus características; sin embargo, he podido llegar a saber que es rápida como el viento… —Lanzó una risita—. Naturalmente, se trata de una metáfora; una astronave que se moviera con la velocidad de un huracán tropical sería más lenta que una tortuga sin patas. Pero, en líneas generales, puedo asegurar que su rapidez excederá a cuanto podamos calcular en estos momentos.

—Bueno, se le compra la patente y ya está —dijo orgullosamente uno de los consejeros.

—Hay un pequeño detalle en contra, señor Fearless —contestó Honnicut—.



El profesor no quiere ni oír hablar de la S.G.T. Antes que entrar en tratos con nosotros, preferiría destruir su nave a martillazos. Y nuevamente hablo en metáfora, para que comprendan con toda claridad cómo piensa Kerrigan.

—¿Por qué no quiere tratar con nosotros? —inquirió otro consejero.

—Desgraciadamente, mi hermana y el profesor fueron marido y mujer en tiempos. Las desavenencias conyugales se acentuaron con el paso de los tiempos y se extendieron hasta otros miembros de la familia, incluyéndome a mí, como es natural. Desde entonces, Kerrigan se siente resentido conmigo.

La señora Anders se echó hacia atrás en su asiento y miró de hito en hito a Honnicut,

—Señor presidente, conociéndole a usted, cualquiera pensaría que al casarse su hermana/con el profesor, lo que hizo fue meterle un espía hasta en la sopa —dijo hirientemente.

—Eso explicaría las facilidades que Kerrigan dio años antes en ciertos inventos, cuyas patentes nos cedió por cuatro cuartos, para que las explotásemos nosotros —intervino otro de los consejeros.

—Él profesor fue siempre recompensado generosamente...

—Hasta que se dio cuenta de que era como un limón que alguien exprimía pocos menos que gratuitamente —habló de nuevo la señora Anders.

—En todo caso, los problemas pasados son «peccata minuta» comparados con los que se nos van a plantear con el nuevo tipo de nave ideada por Kerrigan —dijo Honnicut—. O conseguimos la patente o nos arruinamos.

—¿Tiene algún plan preparado?

—¿Es ético?

Honnicut rió.

—¿Qué hay de ético en los negocios? —contestó—. Sí, tengo un plan dispuesto, aunque, lamentablemente, no podré darles detalles hasta que se haya llevado a cabo.

—¿Por qué? —quiso saber la señora Anders.

La mirada de Honnicut se clavó en el rostro, todavía bello, de la consejera.

—Señora, si sale mal, ustedes siempre podrán votar mi destitución —

respondió—. Eso significa que asumo todas las responsabilidades...

Alguien alargó una mano.

—Que conste en acta —exigió.

—No hay inconveniente —-accedió Honnicut.

Momentos después, se levantaba la sesión. Helen Anders se acercó al presidente del consejo,

—Me imagino que piensa hacer otra de sus marranadas —dijo ácidamente—. Procure que salga bien, porque de lo contrario pediremos su pellejo. Y quizá no lo hagamos sólo metafóricamente —añadió con duro acento.

Honnicut se inclinó.

—Nadie tendrá que empujarme para que ponga la cabeza en el tajo, si fracaso —respondió—. Pero no habrá fracaso.

—Será lo mejor —se despidió fríamente la señora Anders.

Honnicut la contempló con la sonrisa en los labios, mientras se disponía a encender un grueso cigarro. Helen Anders era todavía una mujer muy hermosa y aunque le gustaba sobremanera, era lo suficientemente sensato como para no insinuar nada en tal sentido, sabedor de que iba a ser rechazado indefectiblemente.

Fuera, en la antesala, Helen se había reunido con su secretaria privada, que la había aguardado en aquel lugar, mientras se celebraba la reunión.

—Lucille —dijo—, tú conoces a un tal Ken Lane. Me hablaste muy bien de él y de su capacidad científica.

La secretaria pareció sorprenderse al escuchar aquellas palabras.

—Así es, señora —contestó—. Sólo he estado con él un par de veces, pero luego nos separamos y... Es un conocimiento muy reciente, sin embargo.

—Ve a buscarle —pidió Helen—. Dile que quiero hablarle lo más pronto que le sea posible. En cuanto lo hayas localizado y conseguido su asentimiento, llámame. Luego puedes tomarte libre el fin de semana.

—Sí, señora.

Las dos mujeres salieron juntas. Ignoraban que unos micrófonos muy

sensibles habían permitido a Honnicut escuchar todo cuanto habían hablado en la antesala.

Honnicut expulsó el humo de su cigarro y tocó una tecla. La voz de una secretaria se dejó oír en el acto.

—Señorita Masters, estoy aguardando al señor Lockster —dijo.

—Está aquí, señor.

—Bien, hágalo pasar de inmediato.

—Sí, señor.

Un hombre entró en el despacho de Honnicut segundos más tarde. Era de gran estatura, fornido y con rostro que parecía tallado en granito.

—Señor —dijo respetuosamente.

—Dean, ¿hay alguna novedad en el asunto que le encomendé?

—Por ahora, ninguna, señor; todo sigue igual. Las medidas de seguridad son absolutas; a nadie se le permite acercarse...

Honnicut empujó hacia su visitante un rectángulo de papel metalizado.

—No hay barrera de seguridad que no pueda ser rota con dinero —aseguró desdeñosamente—. Necesito que alguien vaya en esa nave en el primer vuelo de prueba. Tiene que ser una persona entendida y resuelta a todo, incluso a matar, si es preciso.

—Sí, señor.

—Dos personas, mejor que una, para caso de un eventual fallo.

—Sí, señor.

—Pueden viajar como polizones. Una vez en el espacio, no podrán echarlos fuera de la nave.

—Desde luego, señor. Si me permite, le diré que tengo las dos personas adecuadas para la misión. Un hombre y una mujer...

—¿Una mujer? —Honnicut arqueó las cejas.

—Doctora en ciencias, pero expulsada por malversación de fondos.

—De acuerdo, una mujer y... ¿quién más?

—Roy Phibbs, un tipo capaz de caerse en un mar infestado de tiburones y llenarlos de miedo sin más que chasquear los dedos.

—Perfecto —sonrió Honnicut—. Diles a ambos que a la vuelta les espera un millón a cada uno. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Honnicut alzó la mano.

—Ah, otra cosa, Dean.

Lockster le miró inquisitivamente.

—La señora Anders padece una gravísima enfermedad. Es preciso aplicarle la eutanasia —.dijo Honnicut.

—¿Cómo? —respingó Lockster.

—Eutanasia significo aplicar la muerte piadosamente a las personas que padecen una enfermedad incurable, Dean.

—Sí, eso ya lo sé, pero ignoraba que la señora Anders estuviese enferma. ¿Algo incurable, señor?

—Curiosidad.

Hubo un instante de silencio. Los dos hombres se contemplaban sin pronunciar una sola palabra. Al fin. Lockster hizo un gesto con la cabeza.

—Tengo el remedio definitivo contra esa enfermedad —manifestó.

—El.., médico será de toda confianza.

—Nunca falla, señor —aseguró Lockster enfáticamente.

CAPITULO III

Con ojos llenos de curiosidad, Ken Lane contempló el modelo a escala de un aeromóvil corriente, situado en la mesa del laboratorio particular del profesor Kerrigan. El aeromóvil parecía la punta de una lanza, con el vértice redondeado ligeramente y dos timones gemelos en la cola. Hacia la proa se divisaban las ventanillas correspondientes a la cabina. La longitud total era de unos sesenta centímetros, por quince de grosor y veinte de anchura.

Lane conocía aquellos aparatitos, en realidad, juguetes para niños, movidos por control remoto de radio. Pero todavía ignoraba los motivos por los que Kerrigan, después de la sensacional revelación que le había hecho, se lo había llevado a su laboratorio privado. Todavía desconocía el procedimiento mediante el cual iba a viajar a la nebulosa de Andrómeda.

—Esto es una prueba que vamos a realizar, para que te convenzas de la bondad de mi método —dijo Kerrigan—. Como ves, tengo un modelo de aeromóvil, comprado en una tienda de juguetes cualquiera, pero adaptado a mi procedimiento.

»Los aeromodelos corrientes disponen de motores idénticos a los de tamaño natural, pero, lógicamente, mucho más pequeños y menos potentes. En éste, sin embargo, he suprimido el motor y he instalado uno mío, convenientemente reducido a la escala adecuada.

El modelo podía abrirse a lo largo, como una caja, y el profesor lo hizo, para que Lane pudiera ver su contenido. El joven apreció que había allí una diminuta caja, no mayor que un paquete de cigarrillos, con algunos cables que, evidentemente, estaban conectados a los timones de dirección y profundidad. Lane conocía bien aquellos juguetes y se dio cuenta de que el mecanismo le resultaba completamente nuevo.

—Ven, siéntate —ordenó Kerrigan.

Lane obedeció. Kerrigan se fue al otro extremo del laboratorio y volvió con un enorme casco en las manos, que colocó sobre la cabeza del joven. Unos cables salían del casco y los conectó a una diminuta caja de control que puso en sus manos.

—Ahora, Ken, piensa lo que quieres que haga el aeromodelo... *¡y lo hará!*

—¿Cómo? —respingó Lane, atónito.

—Ya lo has oído. La caja de control no es otra cosa que el medio de dirigir el

aparato. Pero el motor está en tu mente. ¡Piensa, pronto!

Lane se sentía estupefacto. Ahora empezaba a comprender algunas cosas que, hasta entonces, le habían resultado indescifrables. Ahora entendía por qué Kerrigan aseguraba que él podía llegar a Andrómeda en algunos instantes.

—¡Piensa! —insistió el profesor.

Lane deseó que el aeromodelo se elevase.

¡Y se elevó!

—Dios mío —murmuró, mientras veía al juguete suspendido a dos palmos de la mesa.

Luego lo hizo avanzar. El aeromodelo se desplazó hacia adelante, pero torpemente, zigzagueando de una forma irregular.

—Necesitas entrenamiento —dijo Kerrigan—, ¿Por qué no te llevas todo a tu casa y practicas un poco? Ten en cuenta que, en el momento de iniciar el viaje, tu mente tendrá que mover una astronave de cientos de toneladas de peso. Y no será tan sencillo como parece.

—Creo que voy a volverme loco...

Kerrigan le palmeó afectuosamente en los hombros.

—Animo, todo saldrá bien —dijo.

De repente, Lane se volvió en el asiento, a la vez que se quitaba el casco.

—Cuando vuelva, un día me encontraré con Lucille y la mataré —dijo.

—No —respondió Kerrigan—. Arreglaremos tu línea vital, para evitar que eso suceda. Pero si no viajas a Andrómeda...

—En resumen —suspiró Lane—, o viaje o... —Se pasó una mano por el cuello—. ¿En?

—Yo no he inventado la Predictora; me limito a usarla —contestó Kerrigan ladinamente.

Minutos más tarde, Lane salía del laboratorio con una bolsa de lona en las manos. Se sorprendió de que el profesor pusiera en sus manos un material tan valioso, pero Kerrigan le tranquilizó, diciéndole que era un secreto tan absoluto, que nadie intentaría atacarle para despojarle de su carga.

Cuando llegaba a su casa, se encontró con una cara conocida.

—Ken, la señora Anders quiere verte inmediatamente —dijo Lucille Smouts.

Lane miró fijamente a la joven, que debía morir estrangulada por sus propias manos dentro de cinco años. Los contactos que habían tenido ambos fueron superficiales, en encuentros sin huella. Pero cinco años después, podía producirse un encuentro de características mucho más dramáticas.

—¿Por qué? —preguntó al cabo.

Lucille se encogió de hombros.

—Habla con ella y lo sabrás —contestó, a la vez que echaba a andar.

Lane había oído en alguna ocasión el nombre de Helen Anders. Una mujer todavía atractiva e inmensamente rica, dueña de un enorme paquete de acciones de la «Star & Galaxy Transports».

Incluso la conocía de vista, aunque no hubiese cambiado con ella una sola palabra hasta el momento. Tras una ligera vacilación, regresó a su aeromóvil. Sólo después de haber arrancado se dio cuenta de que aún llevaba consigo la bolsa que contenía él aeromodelo y el casco.

* * *

La casa era enorme, lujosa, dotada de sofisticados refinamientos y decorada de un modo terriblemente espectacular. Era un digno marco para la dueña, que sonreía atractivamente mientras se inclinaba para servir a su invitado una copa de champaña helado.

Lane fijó la vista en el tentador espectáculo que era el pecho de la dama. El vestido consistía en una falda, abierta por un costado, y dos tirantes, de la anchura justa para cubrir los rosados vértices de los senos. Helen se sabía hermosa y conocía el .medio de subrayar sus muy numerosos encantos físicos.

—Mi secretaria, Lucille, me ha hablado muy bien de usted, doctor Lane —dijo la dama, después de entregarle la copa.

—No estoy acostumbrado a que me traten así, señora

—sonrió el joven.

—Pero tiene el título de doctor.

—Sí, claro...

—Quizá prefiera que le llame por su nombre, Ken.

—Como guste, señora.

Helen se sentó y cruzó las piernas, enseñándolas generosamente.

—Ken, quiero pedirle un favor —dijo.

—Si puedo complacerla, señora...

—He oído hablar de un nuevo tipo dé astronave ultrarrápida, ideada por el profesor Kerrigan. ¿Qué sabe usted acerca de ese asunto?

—¿Por qué habría de saber yo algo sobre el particular, señora?

—Es doctor en ciencias, ingeniero superior de primer grado... Los científicos suelen estar enterados de todos los inventos...

—Lo lamento muchísimo, pero es la primera vez que oigo mencionar algo semejante, señora —mintió el joven.

—Lo admito, aunque, sin duda, querría intentar averiguar algo para mí —dijo ella.

—¿Por qué, señora?

—Verá... Ken, aunque no soy la presidenta de la compañía, soy, en cambio, uno de los principales accionistas. Me refiero a la «Star & Galaxy Transports», empresa de la que, sin duda, habrá oído hablar.

—Ciertamente —admitió el joven Lane.

—Muy bien, en tal caso, quiero que averigüe todo lo que le sea posible sobre esa nave ultrarrápida. Naturalmente, debe informarme a la mayor brevedad que le sea factible. Dese cuenta, si eso fuese cierto... y no pudiéramos conseguir la patente, la S.G.T. se arruinaría. Mis acciones no servirían ni para empapelar las paredes.

Lane meditó unos instantes. Alguien, era evidente, conocía los trabajos del profesor, aunque sólo fuese de una forma parcial. Ahora querían saberlo todo... y esto era algo que no le convenía en absoluto.

O acabaría por convertirse en un asesino.

Pero, se dijo, tampoco costaba mucho dar largas a su bella anfitriona. Cuando Helen quisiera, darse cuenta, él estaría ya en Andrómeda...

Sonrió.

—Haré lo que pueda —dijo.

—Le recompensaré generosamente —aseguró Helen, a la vez que se ponía en pie.

—Oh, por favor, señora...

—De momento, puedo darle un anticipo, Ken.

Los tirantes cayeron sobre la falda. La falda cayó al suelo.

—Venga a cobrar ese anticipo —invitó ella con su sonrisa más seductora.

Lane miró un instante a la hermosa mujer que tenía ante sí. «¡ Qué diablos, no cuesta nada darle un poco de gusto al cuerpo!», pensó.

Más tarde, mientras reposaba junto a la voluptuosa señora Anders, se dijo que el secreto del profesor Kerrigan no estaba tan bien guardado como creían. Tendría que decírselo, para que tomase las medidas convenientes.

—¿Cuándo podrás darme algún informe? —preguntó Helen, cortando súbitamente las reflexiones de su momentáneo amante.

—Ch, dame una semana de tiempo... —Le diría algo no muy importante en todo caso, si para entonces no había iniciado el viaje.

—De acuerdo, cariño. Oye, dime qué te he parecido.

Lane se incorporó un poco y contempló el hermoso cuerpo de la señora Anders.

—Fenomenal —calificó.

Y de nuevo se arrojó sobre Helen, con la voracidad de un náufrago hambriento. Ella lo acogió con júbilo.

La media noche había transcurrido ya hacía mucho rato, cuando Lane se puso en pie.

—¿Te vas? —preguntó Helen lánguidamente.

—Sí, encanto. Pero volveré a verte, puedes estar segura de ello. ¿Me permites un instante?

Lane fue al baño y se arregló un poco. El baño tenía una ventana que daba a la trasera del jardín que rodeaba la casa. Al mirar maquinalmente a través del vidrio, divisó un individuo que se acercaba con pasos sigilosos al edificio.

El hombre se detuvo a diez o doce pasos y sacó algo de su bolsillo. Lane reconoció una anticuada pero todavía eficaz pistola con silenciador. Un terrible estremecimiento recorrió su cuerpo.

Alguien quería asesinar a Helen, adivinó de inmediato. No se preguntó por qué; era preciso actuar y sin pérdida de tiempo.

Pero no disponía de armas y enfrentarse con una pistola no le causaba precisamente placer. De pronto, recordó algo.

Al llegar a la casa, había entrado cargado con la bolsa que contenía el aeromodelo y el casco psicomotriz, receloso de dejar las cosas en el aeromóvil, para evitar un posible robo. Sin pensárselo dos veces, dio media vuelta y salió a todo correr.

Helen se sentó en la cama, pasmada al verle pasar como un relámpago.

—Ken...

—Escóndete debajo de la cama, pronto —ordenó él perentoriamente.

La bolsa estaba en el vestíbulo. Frenéticamente, sacó el casco, se lo puso, lo conectó a la caja de control y empezó a hacer funcionar su mente.

El aeromodelo se elevó de inmediato en la atmósfera. Justamente en el mismo instante, se abría la puerta de la casa.

Garry Gaunt asomó la cabeza cautelosamente. Al volver los ojos, vio a un individuo ataviado de una forma extraña, con una caja en las manos.

Algo flotaba delante del sujeto. Gaunt alzó la pistola. Súbitamente, aquel objeto partió disparado y le golpeó en los labios, arrancándole un aullido de dolor.

El pistolero se tambaleó, pero no soltó su pistola. Lane hizo que el aeromodelo golpease su mano armada, con lo que la pistola cayó al suelo.

Luego «movió» el aeromodelo adelante y atrás de forma fulgurante, repitiendo docenas de golpes en contados segundos. Crujieron algunos huesos de Gaunt. El pistolero, abatido, se derrumbó inconsciente, sin saber qué le había sucedido.

Asomada a la puerta del dormitorio, Helen contemplaba la escena con ojos muy abiertos.

—Ken, ¿qué es eso? —preguntó.

Lane dejó que el aeromóvil se posara en el suelo.

—Un juguete para mi sobrino —mintió—. Perdona, pero tengo que marcharme...

—Pero ese hombre —se asustó Helen.

—Llama a la Policía. Dile que era un ladrón. —Lane miró fijamente a la mujer—. Tienes enemigos, ¿eh?

—Sólo uno —contestó ella, muy seria.

—¿Honnicut? -^Lane conocía ya algunas de las interioridades de la S.G.T.

—Sí. Nunca nos hemos avenido y yo me muestro siempre muy crítica con sus decisiones. Por eso te llamé, ¿comprendes?

Lane asintió.

—Voy a vestirme.

Minutos después, regresaba al vestíbulo.

—Ya he avisado a la Policía —anuncio Helen.

—Magnífico —contestó él. Cargó con todas sus cosas y salió corriendo al jardín.

Instantes después, supo que el aeromóvil no funcionaba.

CAPITULO IV

Lane contuvo una maldición.

El pistolero había obrado con gran astucia, arrancando los cables de contacto, a fin de evitar una posible persecución, después de cometer su crimen. Lane se dio cuenta de que la policía estaba a punto de llegar.

Le harían muchas preguntas. El secreto de Kerrigan podía divulgarse.

Además, podía verse en un compromiso y era algo que debía evitar a toda costa. De pronto, se le ocurrió una idea.

Apeándose del coche con la bolsa en las manos, se puso el casco y asió la caja de control con una mano. Luego situó el aeromóvil entre sus piernas.

—Si esto no da resultado, me daré el gran batacazo —murmuró.

Desde la puerta, Helen le contemplaba estupefacta, sin comprender en absoluto la serie de operaciones que realizaba el joven. Naturalmente, no podía penetrar en la mente de Lane.

Entonces, Lane pensó: «Llévame a casa».

El aeromóvil lo levantó en el aire con toda facilidad. Lane orientó el aparatito y lo lanzó hacia adelante a toda velocidad.

En la puerta de su casa, Helen estaba con la boca abierta.

En pocos segundos, perdió de vista al joven. Lane, a caballo del minúsculo artefacto, exultaba de júbilo.

El psicomotor, como lo denominaba Kerrigan, funcionaba a la perfección. Lane bendijo la idea del profesor. Sí, en efecto, la mente era el más poderoso motor que el hombre había conocido jamás.

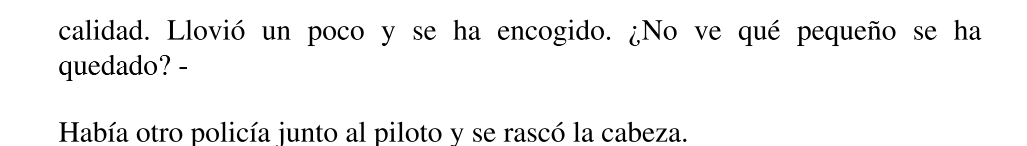
De pronto, vio unos destellos a su izquierda.

Un patrullero de la Policía se le acercó. El piloto lo situó a su lado.

—Eh, amigo, ¿adónde va? —preguntó—. ¿Ha perdido su aeromóvil?

Lane sonrió.

—Nada de eso, amigo —contestó—. El que me vendieron era de una ínfima


calidad. Llovió un poco y se ha encogido. ¿No ve qué pequeño se ha quedado? -

Había otro policía junto al piloto y se rascó la cabeza.

—Pete, nunca había visto una cosa semejante —dijo—. ¿Qué nos pasará si nos cae un chaparrón encima? Si esto encoge, no habrá aeromóvil más que para uno de los dos.

Lane agitó la mano.

—Adiós, tengo prisa —se despidió.

Y desapareció en la noche, mientras el piloto del patrullero hacía descender raudamente a su aparato, para posarlo en el suelo antes de que fuese demasiado tarde.

En la oscuridad de la noche, brillaron unos relámpagos. Empezaron a caer algunas gotas de agua.

Los dos policías aguardaron fuera hasta quedar empapados por completo. Luego, uno de ellos meneó la cabeza.

—Sam, creo que ese tipo nos ha engañado —dijo.

—Sí, pero entonces, ¿en qué volaba?

—No intentes averiguarlo, Sam; es lo mejor para todos.

Mientras, Lane había llegado a su casa. Inmediatamente, se precipitó hacia el videófono.

Kerrigan apareció en la pantalla minutos más tarde, con un evidente mal humor por haber sido despertado a una hora tan intempestiva.

—Ken, muchacho, procura que sea importante lo que tienes que decirme, porque de lo contrario...

—Profesor, ¿cuándo estará lista la psiconave?

—Oh, por mí, ya habría zarpado hace tiempo, pero nos faltaba el piloto, ¿comprendes?

—El piloto está listo, profesor. Quiero despegar cuanto antes.

—Pero, Ken, ¿qué sucede? —exclamó Kerrigan, sorprendido.

—Ya se lo contaré mañana. ¿Cuándo despego?

—Necesito veinticuatro horas, ni una menos, muchacho.

—¿Por qué?

—Oh, debo entrenar mínimamente a tu acompañante.

—Ah, voy a tener un compañero...

—Compañera.

Lane respingó.

—Una mujer —dijo.

—Entiéndelo, necesitas un acompañante y, por supuesto del sexo femenino. Es preciso cubrir todas las eventualidades posibles del viaje, incluyendo el aterrizaje forzoso en un mundo desierto, pero habitable.

—Claro. Usted no quiere que yo viaje solo...

Kerrigan sonrió. —Celebro que lo hayas adivinado —dijo—. Ken, dentro de veinticuatro horas exactamente, te aguardo en el astropuerto, sección 4-Z. A las tres de la mañana en punto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Lane cortó la comunicación. Luego pensó en el viaje que iba a emprender, una aventura jamás acometida por ningún ser humano. Nadie se había alejado nunca a tanta distancia de la Tierra.

¿Qué clase de seres encontrarían en Andrómeda? ¿Monstruos? ¿Hombres como los terrestres?

Era imposible hacer la menor predicción. Ni siquiera le cabía el recurso de consultar a la Predictora. La «Profetisa» sólo adivinaba el futuro de las personas nacidas en la Tierra.

Luego dirigió su mente hacia el ataque frustrado contra la hermosa Helen Anders. ¿Por qué había querido asesinarla Honnicut?

No le importaba demasiado; tarde o temprano, Honnicut se enteraría de lo sucedido... y podía decidir que él era un hombre al que también convenía suprimir. Por un lado, Honnicut; por otro, la perspectiva de ser juzgado cinco años después por un asesinato. No; lo mejor era viajar a Andrómeda.

Antes de dormirse, se preguntó cómo sería la mujer que iba a acompañarle en el viaje.

* * *

Cuando salía de su casa, a las doce de la noche —quería llegar con tiempo de sobra al astropuerto—, vio que tenía una carta en el buzón. La sacó y se la echó al bolsillo, sin mirarla siquiera, preocupado hondamente por la aventura que iba a emprender tres horas más tarde. No sería nada importante ni urgente; de otro modo, la persona que le escribía, le habría llamado por videófono.

Kerrigan le recibió al pie de la astronave, semejante en todo al aeromóvil corriente, pero de un tamaño cien veces mayor. El profesor palmeó entusiasmado el refulgente casco metálico del aparato.

—Ahí la tienes —dijo—. Es tuya, Ken.

—Me gustaría echarle un vistazo antes de partir, profesor —manifestó el joven.

—Claro. Ah, una cosa Ken. No olvides que el motor conectado a tu cerebro tiene una potencia un millón de veces superior a la del aeromodelo que te presté;

—Es decir, podría llevar a un millón de hombres a horcajadas.

—Te estás burlando de mí, Ken —dijo Kerrigan, muy serio.

—Venga, profesor; tengo que contarle algo.

Antes de entrar en la nave, Lane le relató todo lo que le había sucedido a partir del momento en que entró en la residencia de la señora Anders. Kerrigan se mostró muy preocupado.

—Tendré que pedir a mi amigo el ministro LePont que investigue —dijo—. La S.G.T. es una empresa que ha causado muchos quebraderos de cabeza no sólo a este gobierno y ya es hora de que alguien les dé una buena lección.

—Que sea de las que no se olvidan —deseó el joven.

Entraron en la nave. Al llegar a la cabina de mandos, Lane divisó a una hermosa joven, de no más de veinte años, que contemplaba el paisaje nocturno con aire abstraído.

—Sylvia —llamó Kerrigan.

La chica se volvió. Era una muchacha de buena estatura y silueta sumamente delicada, con el pelo intensamente negro, muy corto, y los ojos de color café claro, casi amarillos. Sonrió, pero había una nota de tristeza y resignación en su bello rostro, que no pasó desapercibida al joven.

—Este es Ken Lane —dijo Kerrigan—. Ken, te presento a Sylvia Zand.

—¿Qué tal? —saludó ella.

—Es un placer —contestó Lane, estrechando la mano que le tendía la joven, fina y delicada, pero fuerte,

—Viajaremos juntos, Ken.

—No tenemos otro remedio, Sylvia.

—Sí —suspiró ella—, es preciso hacer ese viaje.

—Venid los dos conmigo; quiero enseñaros algunas particularidades de la nave —dijo Kerrigan—. Por cierto, aún no tiene nombre asignado. ¿Se os ocurre alguno en particular?

—A mí, no —contestó Sylvia.

—Yo la llamaría «Kzyvvilla» —dijo Lane.

—¿Tiene algún significado específico, Ken? —preguntó Kerrigan. .

—Sí. «Viaje al país de irás y no volverás». En lengua wtruskiana, por supuesto.

—¿Lengua wtruskiana? No he oído nunca mencionar ese idioma. ¿De qué planeta es?

—Acabo de inventármelo —rió Lane.

Y sus risas aliviaron un tanto la tensión de aquellos momentos, que precedían al viaje que dos seres que acababan de conocerse, iban a emprender a un mundo completamente desconocido.

* * *

El momento crítico había llegado. Al despedirse, Kerrigan dijo:

—Creedme, os envidio. De buena gana iría con vosotros, pero...

—Hay sitie de sobra, profesor —manifestó Lane maliciosamente.

—Mi corazón, muchacho —suspiró Kerrigan—. No funciona como debiera y... —Pensó en la pelirroja llamada Pamela, con quien estaba citado aquella tarde—. En fin, os deseo toda la suerte del mundo, muchachos.

Lane hizo un gesto con la cabeza. El profesor se alejó. Momentos después, se cerraba la escotilla. El joven contempló el cuadro de instrumentos, en el que se movían diversas cifras y letras, en sus correspondientes esferas. Los indicadores se ponían sucesivamente a cero, mientras los sensores internos exploraban y comprobaban el estado de los diversos mecanismos de la nave.

Sucesivamente, fueron encendiéndose diversas luces verdes, que señalaban normalidad plena. Sylvia contemplaba con curiosidad el movimiento de las esferas.

—Ken —dijo de pronto.

—¿Sí? —contestó e! joven distraídamente.

—Vamos a Andrómeda... pero, ¿te has fijado algún punto determinado de la nebulosa?

—Creo que lo más conveniente es que nos detengamos en el borde. Desde allí, podremos hacer una exploración de la nebulosa, por medio de los telescopios y otros aparatos que funcionarán automáticamente.

—Sí, es una buena idea.

—Esos aparatos nos dirán muy pronto si hay un planeta habitable en diez años luz a la redonda. Si no lo encontrásemos, avanzaríamos otro poco y así sucesivamente, hasta conseguir el objetivo.

—¿Y después?

—Una lápida exploración, una toma de fotografías y filmes... ¡y a casita!

—Lo tenías decidido, sin duda, de antemano —sonrió la chica.

—Kerrigan me aconsejó ¡o hiciera así. No veo motivo para obrar de forma distinta. A fin de cuentas, desconocemos en absoluto lo que hay en Andrómeda —ni siquiera conocemos nuestra propia Galaxia, la Vía Láctea—, de modo que lo mismo nos da llegar a un sitio que a otro.

—Eso sí es cierto —convino Sylvia.

De pronto, todas las luces verdes quedaron fijas. Una pantalla que no era más que una tira de vidrio se encendió y dejó ver una indicación escrita: «Todo listo para zarpar.»

Lane se ajustó el casco y realizó una profunda inspiración.

—Prepárate, Sylvia.

—Sí, Ken.

El joven cerró los ojos. Se concentró en sí mismo.

Pensó:

«Quiero ir al borde de Andrómeda.»

El profesor Kerrigan y los miembros del servicio de seguridad que, hasta entonces, habían custodiado la astronave, se encontraron de repente ante un espacio vacío.

CAPITULO V

En cuestión de segundos, la nave atravesó una inconmensurable extensión del firmamento. Sus tripulantes no sintieron nada, no vieron nada, ni siquiera percibieron la menor sacudida. Estaban en un lugar donde había noche, alumbrada por focos de luz, y de súbito se encontraron en un trozo del espacio que resplandecía con vivísimos fulgores.

Lane contempló unos instantes el espectáculo que era completamente nuevo para él. Frente a la proa, se divisaban dos estrellas muy juntas, una roja, enorme, y otra, mucho más pequeña, amarilla, casi blanca. Un poco más allá, se veía un bellísimo cúmulo estelar en forma de anillo, de trazado perfecto. A la izquierda se divisaban media docena de estrellas que formaban una cruz casi regular. Mucho más cerca, un enorme sol enviaba sus resplandores hacia la nave, una luz amarilla que superaba a todas cuantas brillaban en aquellos parajes.

Arrobada, olvidada por unos momentos de su situación, Sylvia juntó sus manos.

—Ken, es maravilloso —dijo—. Nunca había visto nada tan bello, créeme.

—Sí, es un bonito espectáculo —convino él.

—Pero, ¿«es» Andrómeda?

Lane fijó la vista en uno de los indicadores, el que marcaba la distancia, precisamente en años luz.

—Mira —dijo.

Sylvia vio las cifras del instrumento: 2.000.044.

—Pasa un poco de los dos millones, ¿no? —observó.

—Bueno, no es fácil medir con absoluta exactitud distancias tan grandes. Nuestra galaxia tiene unos ciento treinta mil años luz de largo por unos treinta mil de espesor, pero las cifras exactas no se han sabido jamás, ni creo que lleguen a conocerse. Unos pocos años luz de diferencia en los cálculos no tienen importancia, creo.

—Sí, es cierto —admitió la chica—. Bien, Ken, apenas hace un par de minutos que hemos salido de la Tierra y ya estamos en Andrómeda. ¿Cuál es el siguiente paso?

Lane presionó sucesivamente una serie de teclas en el cuadro de mandos. Luego se quitó el casco, que dejó a un lado.

—He puesto en marcha los sensores automáticos, que nos indicarán la proximidad de un planeta habitable, sus características y la distancia —respondió al cabo—. Cuando eso suceda, sonará una alarma y, mientras tanto, la nave se mueve guiada por el piloto automático.

—Ah, la nave se mueve...

—Sylvia, ningún objeto en el espacio está quieto. Sobre nuestra nave actúan diversas fuerzas de gravedad, de los distintos soles que tenemos a la vista, de la misma forma que los satélites artificiales de la Tierra orbitan a su alrededor, sujetos por su propia atracción. Y en estos momentos, la astronave es el satélite artificial de algún astro, ¿comprendes?

—Sí, aunque corremos el peligro de ir a caer en un sol...

—El sensor de temperaturas está en funcionamiento. Si se elevase de un modo excesivo, haría funcionar la alarma en el acto.

Sylvia sonrió.

—Bueno, no se puede decir que Kerrigan no haya pensado en todo —dijo—. Ken, ¿qué hacemos ahora, aparte de esperar?

Lane se reclinó en el sillón y consultó su reloj de pulsera.

—Según la hora de la Tierra, son las tres y doce minutos. ¿Tienes apetito?

—No, aunque sí nos convendría un poco de café. ¿Quieres una taza? —sugirió Sylvia.

—Sí, gracias.

La chica se levantó, para volver a los pocos momentos con sendas tazas en las manos. Lane tomó unos sorbos de la suya y luego miró intensamente a Sylvia.

—Quiero hacerte una pregunta —dijo—. ¿Sabes por qué estoy aquí?

Ella asintió.

—Me lo contó el profesor —respondió.

—¿Sabes cuál fue el resultado de la Predictora sobre tu futuro?

Sylvia bajó la cabeza.

—Debía casarme el año próximo —respondió sordamente—. Tendría cinco hijos, pero el matrimonio no funcionaría y acabaría por envenenarlos a todos.

Lane se espantó de aquella respuesta.

—¿A tu esposo y a los niños?

—Sí.

Hubo un instante de silencio.

—Vaya —dijo Lane al cabo—, en tal caso, es mejor que estés aquí.

—Eso creo yo también.

—Pero, ¿tienes novio?

—No. Según la Predictora, debía conocerlo el mes próximo.

—Cinco hijos —resopló Lane—. ¡ Eso es una barbaridad !

—A mí me gustan los niños muchísimo —confesó ella, intensamente ruborizada.

Lane no pudo contener una carcajada, aunque se reprimió casi en el acto. Tomó la mano de la muchacha con las suyas y la palmeó afectuosamente.

—Descuida, eso no sucederá ya —dijo—. ¿Quieres un cigarrillo?

—Sí, gracias.

Lane metió la mano en el bolsillo. De pronto, sus dedos tocaron algo que no era precisamente un paquete de tabaco..

—Diablos, lo había olvidado —exclamó, a la vez que extraía la carta, encontrada en el buzón al salir de su casa—. Perdona un momento, Sylvia.

Rasgó el sobre y extrajo una cuartilla doblada. Vio la firma, lo que le hizo fruncir el ceño en el acto. ¿Qué tenía que decirle Lucille Smouts?

Rápidamente, leyó el contenido de la misiva. Al terminar, se quedó con la boca abierta.

—¡No! —gritó—. ¡No hay derecho a que nos hagan una cosa semejante! ¡Es

una asquerosa canallada, una sucia faena, la mayor marranada del mundo!

—¡Ken! —exclamó Sylvia, muy alarmada—. ¿Qué es lo que sucede?

Lane se pasó una mano por la cara.

—Sencillamente, nos han engañado. Ni yo iba a asesinar a una mujer ni tú ibas a matar a tu marido y a tus cinco hijos.

—¡Qué! —gritó la chica, terriblemente excitada.

—Toma, lee —indicó Lane, a la vez que le entregaba la carta.

Sylvia cogió el papel y fijó la vista sobre los renglones allí escritos. Lucille decía:

> Querido:
>
> No me he atrevido a contártelo hasta ahora, pero no puedo seguir callando un minuto más. Te lo digo para que tomes tus medidas, caso de que se trate de algo que pueda perjudicarte gravemente. Me pagaron mucho dinero por la comedia y, en un principio, no le di importancia, hasta que oí ciertos comentarios con respecto a tu futuro. Hace algún tiempo, un amigo me pidió le ayudase a interpretar un filme publicitario, para combatir el crimen. Cuando llegué al estudio, me encontré con alguien que se te parecía extraordinariamente. Mi amigo dijo que se trataba de una casualidad y yo le creí en aquel momento. Luego me dio instrucciones para interpretar la escena, en la que yo debía aparecer como una prostituta, estrangulada por un amante ocasional. Lo hicimos así y la escena quedó muy bien, según el director. Pero luego no he visto ese «spot» por ninguna parte y me preocupa el que alguien quiera jugarte una mala pasada. Por cierto, en un estudio contiguo estaban rodando una escena algo parecida, en el que una mujer asesinaba a su marido y a sus cinco hijos, envenenándolos en el desayuno.
>
> Quiero que me perdones y, si fuese necesario, enseña la carta al que trate de hacerte daño de algún modo, para que puedas demostrar que no tienes nada que ver con ese crimen...

La misiva terminaba facilitando algunos nombres. Sylvia terminó la lectura y miró al joven con ojos llenos de asombro.

—Nos han engañado —dijo—. Es cierto, no seremos unos asesinos.

—Sí —contestó él ceñudamente—, es un engaño gigantesco, ideado por algún bastardo, al que no le importaba lo que pudiera sucedemos, con tal de conseguir sus fines.

—El profesor Kerrigan.

—Exacto. Pero se va a llevar un buen chasco, Sylvia.

—¿Se lo dirás a la vuelta?

—¡ Se lo diré antes de que amanezca en la Tierra! —gritó Lane, a la vez que volvía a apoderarse del casco.

—¿Cómo? ¿Nos volvemos?

—¡Ahora mismo!

Lane empezó a trabajar en el cuadro de mandos. De repente, se oyó una voz harto conocida en el interior de la cabina, procedente, indudablemente, de una grabación realizada con anterioridad:

—Lo siento, muchacho. El psicomotor está desconectado y nada de lo que hagas conseguirá ponerlo en funcionamiento, hasta dentro de ciento ochenta días, a la misma hora de la partida, en que se conectará automáticamente. Mientras tanto, podrás viajar con la nave de forma ordinaria, esto es, como si se tratase de un viaje interplanetario. Repito, son seis meses, aunque si quieres estar más tiempo, puedes hacerlo. Saludos a Sylvia y buena suerte a los dos.

* * *

El silencio volvió al interior de la cabina. Lane y la muchacha estaban desconcertados, sin saber qué hacer.

Lentamente, Lane se quitó el casco y trató de sonreír.

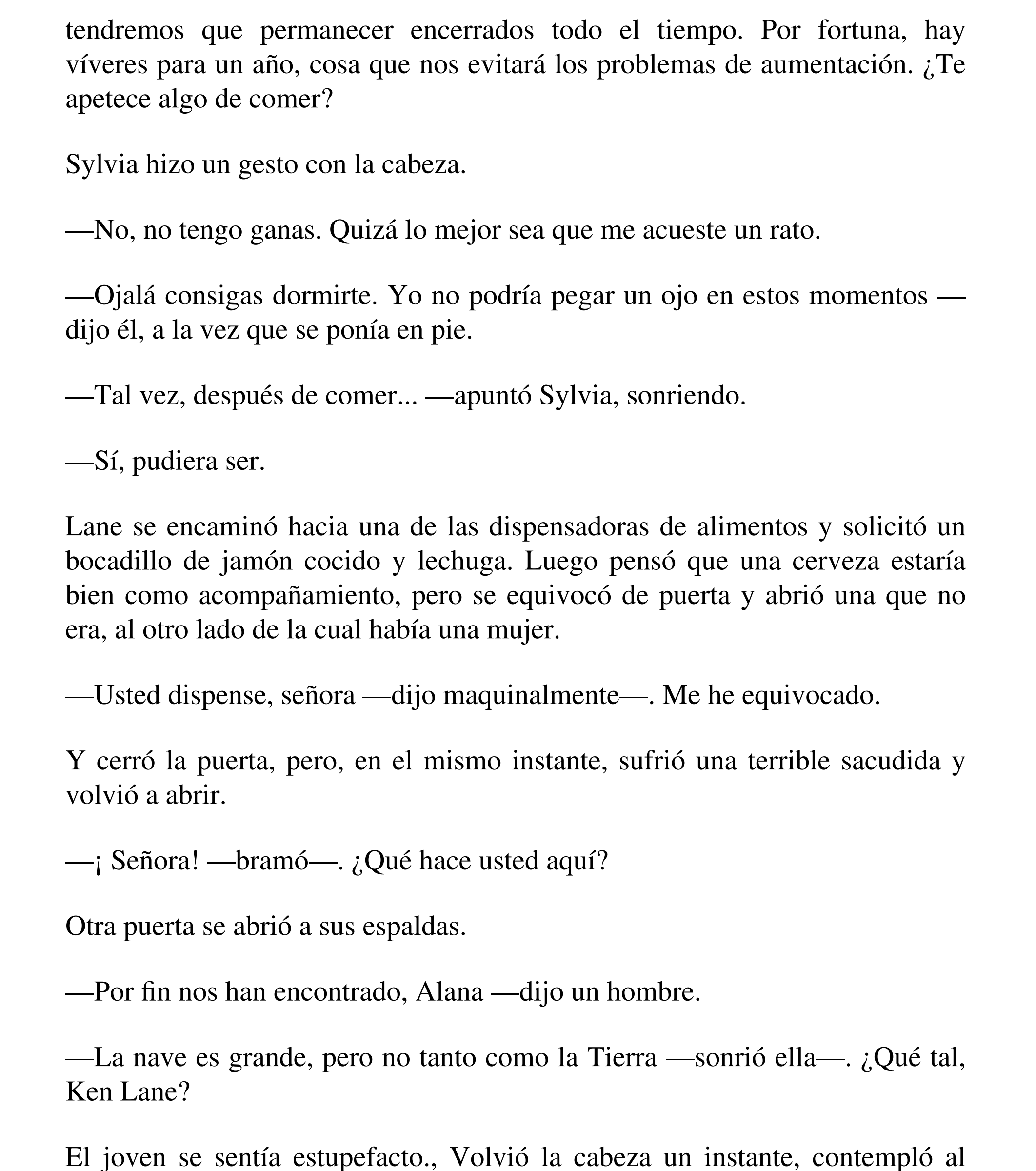
—Es un engaño... pero seis meses pasan pronto —dijo. Sylvia suspiró.

—Kerrigan es un trapacero de marca —calificó.

—Cuando vuelva, me daré el gusto de aplastarle las narices de un buen puñetazo —dijo Lane rencorosamente—. En fin, nada se puede hacer, sino resignarse y esperar que pase el tiempo.

—¿Aquí, en la nave?

—A menos que encontremos algún planeta que pueda ser explorado;



tendremos que permanecer encerrados todo el tiempo. Por fortuna, hay víveres para un año, cosa que nos evitará los problemas de aumentación. ¿Te apetece algo de comer?

Sylvia hizo un gesto con la cabeza.

—No, no tengo ganas. Quizá lo mejor sea que me acueste un rato.

—Ojalá consigas dormirte. Yo no podría pegar un ojo en estos momentos —dijo él, a la vez que se ponía en pie.

—Tal vez, después de comer... —apuntó Sylvia, sonriendo.

—Sí, pudiera ser.

Lane se encaminó hacia una de las dispensadoras de alimentos y solicitó un bocadillo de jamón cocido y lechuga. Luego pensó que una cerveza estaría bien como acompañamiento, pero se equivocó de puerta y abrió una que no era, al otro lado de la cual había una mujer.

—Usted dispense, señora —dijo maquinalmente—. Me he equivocado.

Y cerró la puerta, pero, en el mismo instante, sufrió una terrible sacudida y volvió a abrir.

—¡ Señora! —bramó—. ¿Qué hace usted aquí?

Otra puerta se abrió a sus espaldas.

—Por fin nos han encontrado, Alana —dijo un hombre.

—La nave es grande, pero no tanto como la Tierra —sonrió ella—. ¿Qué tal, Ken Lane?

El joven se sentía estupefacto., Volvió la cabeza un instante, contempló al hombre y exclamó:

—¿Acaso es ésta una convención de polizones?

—Lo parece, ¿verdad? —dijo ella alegremente—. Ken, creo que ha llegado la hora de las presentaciones; Alana Butler, Roy Phibbs.

—Hola —dijo Phibbs.

Lane tenía la boca abierta. Alana era una mujer de unos treinta años, de mediana estatura y formas ampulosas, especialmente en el pecho. El pelo era

muy rubio y sus ojos estaban llenos de malicia.

En cuanto a Phibbs, debía de andar por los cuarenta años y su rostro, pese a la sonrisa que lucía constantemente, no inspiraba ninguna confianza. Lane empezó a pensar en los turbios manejos de Rystler Honnicut.

—Esta es la nave inventada por el profesor Kerrigan ¿no? —dijo Alana, tras unos momentos de silencio.

—Cierto —gruñó el joven—. Pero ustedes no tienen ningún derecho a estar aquí...

—¿De veras?

Phibbs sacó una pistola y la agitó significativamente.

—Este es .nuestro pasaje —declaró.

—Pagado por Honnicut —dijo el joven.

—¿Tiene eso alguna importancia... «ahora»? —preguntó Alana.

Lane se encogió de hombros.

—Supongo que no —repuso—. Han venido a espiar, rae imagino.

—Es un chico muy listo, tú —rió Phibbs.

—Indudablemente —convino ella—. Kerrigan no habría elegido a un cualquiera para esta misión. Por cierto, Ken, ¿cuál es el procedimiento para conseguir que la nave sea más rápida que cualquiera de los otros tipos utilizados hasta el momento?

—De modo que sabían que había una nave muy rápida, pero no conocían más detalles —adivinó Lane.

—Así es. Vamos, sé bueno y cuéntanos todo —pidió Alana, con fingida afectuosidad.

—No se lo van a creer, pero la nave se mueve por medio de la energía mental.

—¡Qué burrada! —exclamó Phibbs—. Ken, ¿cómo espera que nos creamos semejante insensatez?

—Piensen lo que quieran —dijo Lane—, pero es la pura verdad. Estamos en el borde de la nebulosa de Andrómeda, a dos millones de años luz de la

Tierra.

Alana se quedó con la boca abierta.

—Pero...

—No le hagas caso —gruñó Phibbs—. Este tipo quiere tomarnos el pelo. Sólo son las cuatro y algunos minutos de la madrugada... ¿y quiere hacernos creer que en este corto espacio de tiempo hemos recorrido semejante distancia?

—El pensamiento puede llegar instantáneamente a cualquier punto del Universo —contestó el joven.

—Cierto, pero una astronave...

—La potencia de mi mente es multiplicada un millón de veces, por medio de un motor especial, ideado por Kerrigan —dijo Lane—. No me pregunten cómo funciona; sólo sé que «funciona». Y si no me creen, vengan conmigo a la cabina.

Giró sobre sus talones y echó a andar, seguido por la pareja de espías. No le gustaba lo que estaba pasando y decidió poner fin a la situación.

Sorprendería a Phibbs y...

Empezó a girar, con la intención de saltar hacia la mano armada. Pero las suyas encontraron solamente el vacío.

Algo muy duro golpeó su cráneo, por encima de su sien derecha. Un dolor vivísimo le hizo perder la noción de las cosas en el acto. Mientras caía, oyó la voz sarcástica del espía:

—Pobre, creyó que podría sorprenderme.

CAPITULO VI

Cuando despertó, se encontró sentado en su sillón de piloto, con una compresa fría sobre el lugar donde había recibido el golpe. A través de sus ojos todavía velados, vio la mano de la mujer, que le entregaba una copa.

—Bebe —dijo Alana—. Y dispénsanos, pero no podíamos actuar de otra forma.

Lane tomó un par de tragos de buen coñac y empezó a sentirse mejor. Entonces vio a Phibbs hurgando en el cuadro de mandos y lanzó un grito:

—¡ No toque nada!

Phibbs se volvió.

—Disculpe, amigo —sonrió—. Sólo quería...

—Escuche, tengo que admitir su presencia a bordo y no me queda otro remedio, pero, por favor, no hagan las cosas más difíciles de lo que ya son. Usted desconoce el manejo de los mandos, por lo menos, de los de esta nave, y no quiero que cometa alguna patosidad que nos impida volver un día a la Tierra.

Alana entornó los ojos.

—Si esta nave se mueve con los poderes de tu mente, como dices, podemos regresar ahora mismo —dijo.

—No. Es preciso dejar que pasen seis meses.

—Tiene gracia —rió Phibbs—. Primero dice que la nave se mueve por el poder de su mente. Luego asegura que en seis meses no podremos regresar a la Tierra. ¿Acaso pretendes burlarte de nosotros?

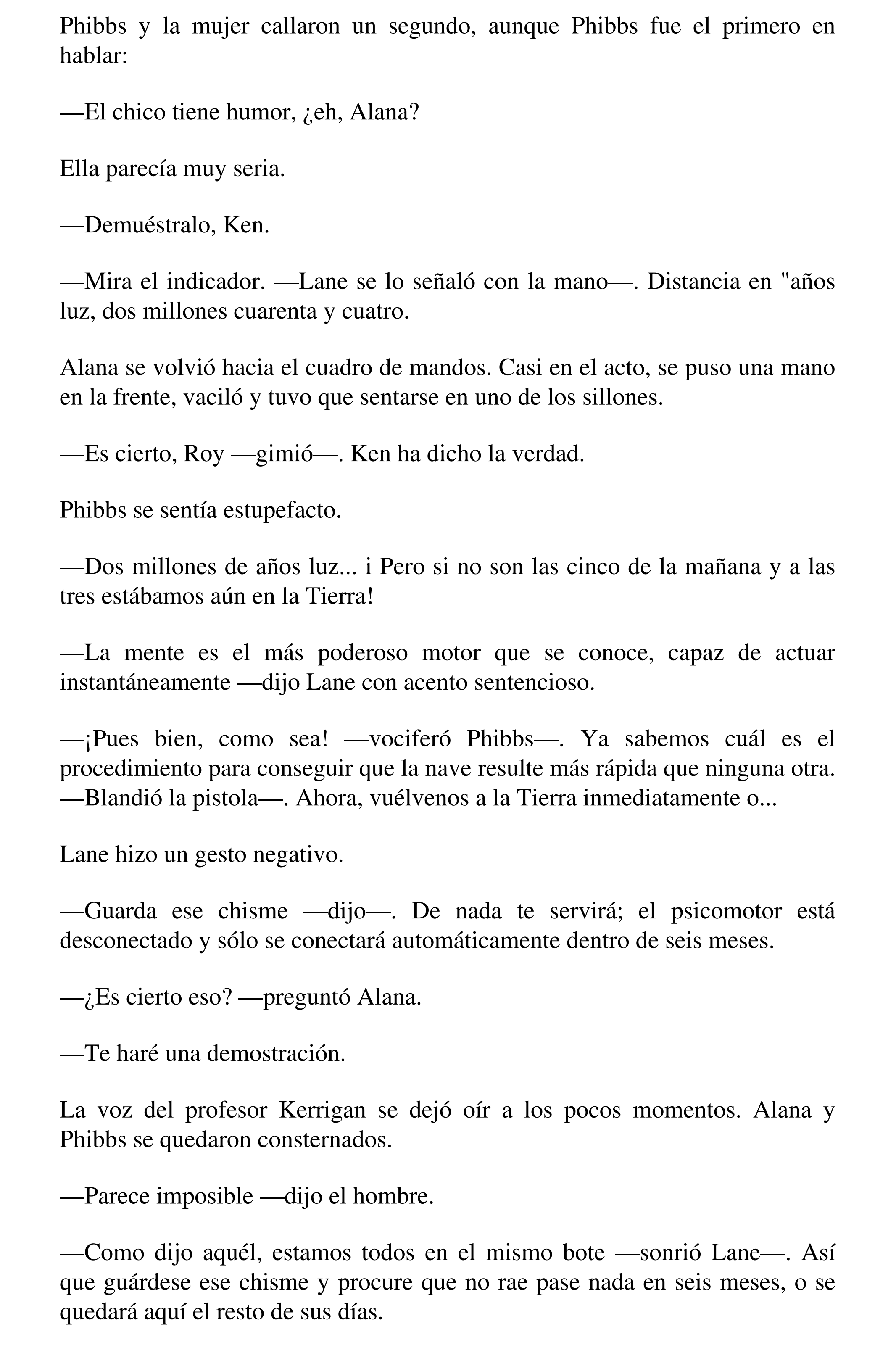
Lane se puso en pie, a la vez que arrojaba furiosamente la compresa.

—Estoy diciendo la verdad...

Alana levantó una mano.

—Antes de nada, primero, dinos dónde estamos.

—En el borde de la nebulosa de Andrómeda, a dos millones de años luz de la Tierra, vuelvo a repetirlo una vez más.



Phibbs y la mujer callaron un segundo, aunque Phibbs fue el primero en hablar:

—El chico tiene humor, ¿eh, Alana?

Ella parecía muy seria.

—Demuéstralo, Ken.

—Mira el indicador. —Lane se lo señaló con la mano—. Distancia en "años luz, dos millones cuarenta y cuatro.

Alana se volvió hacia el cuadro de mandos. Casi en el acto, se puso una mano en la frente, vaciló y tuvo que sentarse en uno de los sillones.

—Es cierto, Roy —gimió—. Ken ha dicho la verdad.

Phibbs se sentía estupefacto.

—Dos millones de años luz... i Pero si no son las cinco de la mañana y a las tres estábamos aún en la Tierra!

—La mente es el más poderoso motor que se conoce, capaz de actuar instantáneamente —dijo Lane con acento sentencioso.

—¡Pues bien, como sea! —vociferó Phibbs—. Ya sabemos cuál es el procedimiento para conseguir que la nave resulte más rápida que ninguna otra. —Blandió la pistola—. Ahora, vuélvenos a la Tierra inmediatamente o...

Lane hizo un gesto negativo.

—Guarda ese chisme —dijo—. De nada te servirá; el psicomotor está desconectado y sólo se conectará automáticamente dentro de seis meses.

—¿Es cierto eso? —preguntó Alana.

—Te haré una demostración.

La voz del profesor Kerrigan se dejó oír a los pocos momentos. Alana y Phibbs se quedaron consternados.

—Parece imposible —dijo el hombre.

—Como dijo aquél, estamos todos en el mismo bote —sonrió Lane—. Así que guárdese ese chisme y procure que no rae pase nada en seis meses, o se quedará aquí el resto de sus días.

Phibbs volvió la pistola a la funda, con evidente mala gana.

—¿Y ahora? —consultó a Alana.

Ella tenía la vista fija en el joven.

—¿Por qué seis meses en la nave? —preguntó.

—Kerrigan quiere que explore algún planeta, si lo encontramos —respondió Lane.

—¿Hay planetas en las inmediaciones?

—Los sensores están en funcionamiento...

De repente, se encendió una luz ámbar en el cuadro de mandos, al mismo tiempo que sonaba una voz:

—Planeta habitable a cincuenta y dos millones de kilómetros de distancia, a trescientos diez grados en rumbo horizontal y veintiuno en ascensión recta. Existencia de vida animal y vegetal. Características semejantes a las terrestres.

La voz se calló en el acto. Lane y los dos espías se contemplaron recíprocamente durante unos segundos.

Al fin, ella hizo una pregunta:

—Ken, ¿piensas explorar ese planeta?

—Al menos, combatiremos el aburrimiento —sonrió Lane.

—Pero, esta nave... —objetó Phibbs.

—En estos momentos, puede ser gobernada como una nave interplanetaria.

—¡Diablos, hace falta un piloto!

—¡Y qué creas que soy yo aquí! —contestó el joven de mal humor.

De súbito, se abrió la puerta de la cabina.

—Ken, los sensores han funcionado —exclamó Sylvia—. Un altavoz que hay en mi camarote, ha anunciado...

La chica se interrumpió súbitamente, al darse cuenta de que Lane no estaba solo en la cabina de mando.

* * *

—Ken, ¿qué pretenden esos dos? —preguntó Sylvia.

Lane demoró la respuesta algunos segundos. Tenía la vista fija en las indicaciones de los diversos instrumentos del cuadro de mandos, cosa que alternaba con frecuentes miradas al planeta que cada vez estaba más próximo.

En la cabina había asientos solamente para dos personas. Lane había indicado a los espías que volviesen a sus camarotes, hasta el momento del aterrizaje. Phibbs y Alana habían seguido su consejo, atándose a las literas, a fin de evitar posibles daños a causa de una toma de tierra demasiado violenta.

Al fin, se decidió a hablar:

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Te lo agradeceré.

—Pues bien, pienso que quieren matarnos.

Sylvia se estremeció.

—Oh, no pueden...

—Sí pueden. El, por lo menos, tiene una pistola.

—Pero, ¿de qué les serviría? Si muriésemos, o por lo menos, tú, no podrían pilotar la nave en el viaje de vuelta.

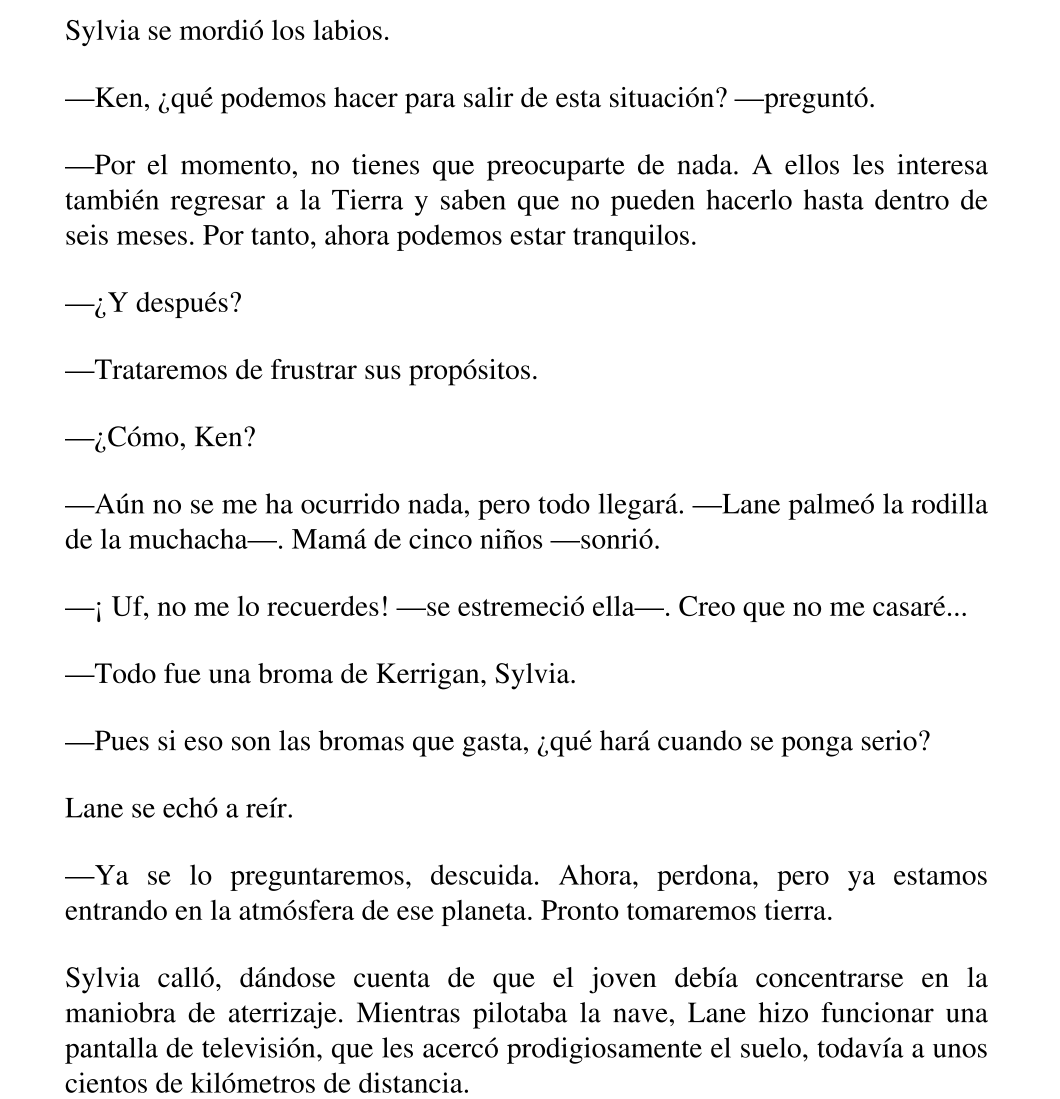
—Sylvia, voy a decirte una cosa. Sospecho que Honnicut quiere apoderarse de la nave, más bien, se puede afirmar rotundamente que ésos son sus propósitos. Honnicut es lo suficientemente listo como para no enviar a esta misión a un par de analfabetos, ¿comprendes?

—Sí. Continúa, por favor.

—Me suena el nombre de Alana Butler, aunque por el momento, no puedo recordar dónde lo he oído. Ella, indudablemente, tiene cultura científica., y Phibbs no es tonto. En caso de apuro, estoy convencido de ello, podrían pilotar la nave.

—¿Utilizando también el psicomotor?

—Sí.



Sylvia se mordió los labios.

—Ken, ¿qué podemos hacer para salir de esta situación? —preguntó.

—Por el momento, no tienes que preocuparte de nada. A ellos les interesa también regresar a la Tierra y saben que no pueden hacerlo hasta dentro de seis meses. Por tanto, ahora podemos estar tranquilos.

—¿Y después?

—Trataremos de frustrar sus propósitos.

—¿Cómo, Ken?

—Aún no se me ha ocurrido nada, pero todo llegará. —Lane palmeó la rodilla de la muchacha—. Mamá de cinco niños —sonrió.

—¡ Uf, no me lo recuerdes! —se estremeció ella—. Creo que no me casaré...

—Todo fue una broma de Kerrigan, Sylvia.

—Pues si eso son las bromas que gasta, ¿qué hará cuando se ponga serio?

Lane se echó a reír.

—Ya se lo preguntaremos, descuida. Ahora, perdona, pero ya estamos entrando en la atmósfera de ese planeta. Pronto tomaremos tierra.

Sylvia calló, dándose cuenta de que el joven debía concentrarse en la maniobra de aterrizaje. Mientras pilotaba la nave, Lane hizo funcionar una pantalla de televisión, que les acercó prodigiosamente el suelo, todavía a unos cientos de kilómetros de distancia.

Sostenida por los generadores antigravedad, la nave descendió casi verticalmente, hacia un lugar que parecía muy apropiado para la toma de tierra. Había plantas y agua y, a lo lejos, se divisaba una cordillera montañosa, con algunos picos nevados. Los sensores, perfectos, no indicaban nada nocivo para la salud.

—Podríamos ponerle un nombre, ¿no? —sugirió Sylvia, cuando sólo estaban a unos diez kilómetros de altura sobre el suelo.

Lane hizo un gesto de indiferencia.

—Si encuentras alguno de tu agrado...

—No. —Silvia agitó la cabeza—. Estoy aquí engañada, a ¡a fuerza. Puede que sea un mundo muy hermoso pero no le tengo ninguna simpatía.

—Tampoco yo, aunque pienso que permanecer seis meses en la nave resultaría muy aburrido. Podemos utilizarla como alojamiento, sobre todo para las noches; por el día, naturalmente, nos dedicaremos a recorrer las inmediaciones.

Era un plan muy aceptable, pensó Sylvia. Y, a fin de cuentas, seis meses pasarían muy pronto.

Minutos más tarde, el tren de aterrizaje, cuatro grandes patas, terminadas en sendas plataformas circulares, se desplegaba automáticamente, al recibir upa señal de radar. Unos segundos después, la nave se posaba en el suelo con absoluta suavidad, sin sufrir la menor sacudida.

Lane se levantó de un salto.

—Espera —dijo, a la vez que echaba a correr.

El profesor Kerrigan se había ocupado personalmente de pertrechar la nave, entregándole luego una copia de la lista con todos los elementos que la nave transportaba en su interior, tanto alimentos líquidos, y sólidos, como herramientas y armas, éstas para caso de encuentro con animales hostiles. Lane decidió anticiparse a los espías. No quería pasarse medio año obedeciendo órdenes de Phibbs.

Instantes más tarde, llegaba a la puerta de un departamento. en donde estaban las armas y las herramientas. Cuando se disponía a abrir, alguien se Je anticipó.

La boca de un fusil se apoyó en su pecho.

—Sabía que intentarías hacerlo —sonrió. Phibbs.

Alana estaba detrás, también armada. Ambos, además de los rifles, disponían de cuchillos de caza y se habían cubierto la cabeza con sendos sombreros de ala ancha, con banda de imitación de piel moteada.

Lane retrocedió. Los espías salieron del departamento. Alana cerró con llave y se la entregó a Phibbs.

—Escucha, Ken —dijo el sujeto—. Vamos a estar juntos seis meses y no quiero que se produzcan contratiempos. ¿Entendido?

Lane procuró dominar su furia.

—Sí —respondió, lacónico.

—Entonces, ¡media vuelta 3 de frente!

El joven obedeció. «Como pueda quitarte el riñe...», pensó.

Detrás de él sonó una burlona carcajada.

—¡Ni lo sueñes! —exclamó Phibbs.

—¿Adivinas el pensamiento? —se asombró Lane.

—No, claro que no; pero me he encontrado muchas veces en una situación semejante y sé lo que piensa el tío a! que tengo encañonado. Nunca consiguieron sorprenderme, ¿oyes?

—Eres listo, chico —dijo el joven.

—Lo soy —admitió Phibbs orgullosamente.

—Roy, vigílalo —ordenó Alana—. Voy a buscar a la muchacha.

—Está bien.

CAPITULO VII

En silencio, al pie de la astronave, contemplaren el paisaje que se extendía ante sus ojos. El suelo estaba cubierto de una espesa capa de césped, en el que abundaban las flores de colores muy vivos. Había árboles de especies y formas que les resultaban completamente desconocidas y también algunas extrañas plantas, muy esparcidas, semejantes a hongos muy altos, de más de dos metros, con la cúpula no mayor de unos treinta y cinco o cuarenta centímetros de diámetro.

Aquellos rarísimos hongos eran muy escasos; apenas habría tres o cuatro en más de un kilómetro a la redonda. El aire era fresco y perfumado. La temperatura, calculó Lane, no superaba los 22º C.

A unos quinientos metros se divisaba una corriente de agua, que se deslizaba mansamente hacia una superficie líquida de gran extensión, situada a unos seis kilómetros de distancia. Lane supuso que debía de tratarse de un lago, más que un océano, a juzgar por lo que se veía en las orillas, cubiertas de vegetación hasta el mismo límite de las aguas de la lisura de su superficie, tranquila y brillante como un espejo.

—Bueno —exclamó Phibbs—, ya estamos en casita. —Miró su reloj de pulsera—. A las once y media de la mañana, hora de la Tierra.

—Esto ha ido rápido —sonrió Alana.

—No cabe duda, la S.G.T. se hundiría, si se divulgase el secreto de la fuerza psicomotriz del doctor Kerrigan.

—Ustedes lo impedirán, ¿verdad? —terció Lane.

Phibss se volvió hacia él y le miró con sorna.

—Para eso estamos aquí —declaró.

Luego, de pronto, echó a andar hacia uno de los extraños hongos, que estaba a menos de cincuenta pasos.

—Siempre me han gustado muchísimo las setas —dijo—. Asadas, a la brasa, resultan deliciosas.

—¡Cuidado, Roy; puede ser una especie venenosa!

—Sé conocerlas, no te preocupes, nena.

Lane se acarició el mentón, mientras contemplaba de reojo a Alana. Todavía había tiempo, claro, pero confiaba en atraer a la mujer a su bando. Conocía sus-propias posibilidades y con un poco, de astucia, Alana acabaría por traicionar a Honnicut.

Mientras, Phibbs había llegado junto al hongo. Sacó su cuchillo y, de un seco tajo, lo cortó a un metro del suelo. El vegetal cayó instantáneamente.

Acto seguido, Phibbs empezó a reunir leña seca. Cuando tuvo un buen montón, sacó un fósforo, y lo acercó a un montón de paja seca. Momentos después, se alzaban las llantas de la hoguera.

Entretanto, Lane y Sylvia se encaminaban hacia el río, al que llegaron momentos más tarde. Sentados en el césped, evaluaron críticamente la situación en que se hallaban. Después de discutir todas las posibilidades durante un largo rato, llegaron a una única conclusión:

—No podemos hacer nada hasta dentro de seis meses —dijo ella.

Lane asintió. Por discreción, no quiso mencionar sus planes respecto de Alana. Además, había tiempo de sobra para ganarse los favores de la mujer.

De repente, Lane sintió que la mano de Sylvia se crispaba sobre su brazo.

—¿Qué te sucede? —preguntó.

—No te alarmes —dijo ella a media voz—. Creo que he visto algo al otro lado del río, entre las hierbas.

Lane se puso rígido.

—¿Alguna fiera? —supuso, con la vista fija en la orilla opuesta.

— Me pareció ver una cara, con dos ojos...

—¿Humana?

—No estoy segura. Los ojos sí los distinguí, con toda claridad, durante una fracción de segundo, Ken.

—Muy bien, no te preocupes. Actúa con toda naturalidad. Vamos a regresar a la nave. Allí hay armas.

—Pero las tienen ellos...

—También les interesa nuestra defensa.

Sylvia se puso en pie. Durante unos minutos, se sintió terriblemente aprensiva. Aunque Lane agarraba su mano con fuerza, no podía evitar una espantosa sensación de pánico. En cualquier momento, aquel ser, humano o fiera, podía saltar sobre ellos...

Phibbs les acogió con grandes muestras de alegría.

—Vamos, prueben la seta asada —exclamó—. Está riquísima, ¿verdad, Alana?

—Confieso que no soy muy partidaria de ese plato, pero debo admitir que nunca había comida nada tan gustoso —respondió la mujer.

Phibbs les acercó unos trozos de seta, puestos sobre unas grandes hojas de árbol.

—No sean remilgados... —De pronto, reparó en la expresión de los dos jóvenes—. ¿Pasa algo malo? —preguntó.

—Sylvia ha visto un ser vivo —dijo Lane.

Sobrevino un instante de silencio. Luego, Alana exclamó:

—Entonces, el planeta está habitado.

—Así parece...

De súbito, Sylvia lanzó un chillido agudísimo:

—¡Los hongos! ¡Hay hongos por todas partes!

Tres pares de ojos se volvieron instantáneamente hacia el lugar que Sylvia señalaba con mano temblorosa. Repentinamente, sin que nadie supiera cómo había sucedido, el lugar estaba lleno de hongos.

¡Y los hongos, lenta pero inexorablemente, se movían, cerrándose en torno a los cuatro espantados terrestres!

* * *

Había cientos, tal vez miles, que parecían haber crecido de forma instantánea, pero, al mismo tiempo, se movían, deslizándose sin sacudidas sobre el césped. El único movimiento que se percibía en ellos eran ciertas oscilaciones de la cúpula, que se moría muy despacio a derecha e izquierda.

A Lane le parecieron péndulos de reloj que oscilaban al revés. Pero no cabía

la menor duda de que se trataba de seres vivos.

Entonces, bruscamente, recordó que Phibbs había matado, asado y comido uno de aquellos seres.

Y la sangre se le heló en las venas.

Por historias de otros viajeros, sabía que en Lira había seres inteligentes, de formas muy distintas, aunque también existían seres con aspecto enteramente terrestre. Pero en el universo era lícito esperar que existiesen seres de toda clase de formas.

El avance de los hongos continuaba inexorablemente. De súbito, Alana, llena de pánico, giró sobre sus talones y echó a correr hacia la escotilla.

—¡Está cerrada! —gritó, con terrible alarido.

—Ábrela —indicó Lane—. La tecla de apertura está debajo, a la derecha...

—¡No puedo! —chilló Alana desesperadamente.

Lane se volvió. Ella tenía la mano cerca del mecanismo de apertura, pero parecía incapaz de presionar la tecla.

—Aprieta con fuerza —gritó.

—No puedo. Algo me lo impide...

De pronto, Alana empezó a caminar hacia atrás.

—¡Roy! ¡Ayúdame! —pidió frenéticamente.

Phibbs echó a correr, pero sólo pudo dar un par de pasos, quedándose detenido en una actitud que habría resultado cómica en otros momentos, con los brazos parcialmente extendidos, el pie derecho en el suelo, el izquierdo en el aire, hacia atrás y el cuerpo un tanto adelantado.

—¡ Yo tampoco puedo moverme! —rugió no menos asustado que la rubia

Lane empezó a sospechar la verdad. Pero no tuvo tiempo de pronunciar una sola palabra.

Sylvia agarró su brazo.

—Mira, Ken —dijo roncamente.

El joven se volvió. Como en sueños, vio aparecer a medio kilómetro de distancia un nutrido grupo de cosas, semejantes a balones de enormes dimensiones, que avanzaban hacia aquel lugar, dando botes de veinte y más metros. Aquellas pelotas, cuyo diámetro calculó en metro y medio, tenían algo parecido a unos ojos y su número, estimuló, no bajaba de los quinientos.

Casi en el mismo instante, los hongos detuvieron su avance.

Lane retrocedió. Phibbs y Alana pudieron moverse, Ella corrió de nuevo hacia la escotilla, pero, por segunda vez, sus esfuerzos resultaron infructuosos.

Los balones seguían acercándose. Lane observó que los hongos empezaban a agruparse. Pero sus movimientos, empero, eran aún muy lentos.

Casi de súbito, las esferas se arrojaron sobre los hongos. En el mismo instante, dos brazos emergieron de cada uno de los balones, extendiéndose a ambos lados. Cada brazo estaba terminado en lo que parecía la mitad de la pinza de un crustáceo, larga de más de medio metro y con aspecto de tener el filo de una navaja de afeitar.

Entonces comenzó una batalla que hizo a Lane dudar de la integridad de sus sentidos.

Los balones saltaban velocísimamente a más de dos metros de altura. Al caer, movían uno de sus brazos y hendían por la mitad la cúpula del hongo atacado, a la vez que el otro brazo cortaba el pedúnculo a treinta centímetros más abajo. Así, en pocos segundos, quinientas pelotas causaron otras tantas bajas.

Pero el número de los hongos era muy superior. De pronto. Lane vio que algo semejante a un rayo brotaba de una de aquellas extrañas setas. Era como un rayo azulado, apenas visible, que se encaminó con tremenda velocidad hacia uno de los atacantes.

La estera explotó con sordo estruendo, deshaciéndose en multitud de fragmentos, que volaron a gran distancia. Sylvia se apretó contra el cuerpo de Lane, fascinada y, a la vez, horrorizada y asqueada por aquel singular espectáculo.

En menos de un minuto, casi quinientas esferas se convirtieron en menudos fragmentos, que despedían un repugnante líquido verdoso, empapado muy pronto por la hierba. Sólo unos pocos balones pudieron escapar, huyendo a toda velocidad, con los brazos nuevamente replegados y dando saltos que alcanzaban holgadamente los treinta metros.

El suelo, sin embargo, había quedado cubierto de restos de hongos. Pero

todavía quedaban muchos, más de un millar, estimó Lane.

Y, de nuevo, finalizada aquella encarnizada batalla, volvieron a acercarse a los terrestres.

—¡Nos van a matar! —chilló Alana, espeluznada.

De pronto, casi desesperado. Lane concibió una idea.

Era el único recurso, pensó.

Avanzó un par de pasos y levantó las dos manos.

—¡ Somos amigos! —clamó—. ¡Queremos la paz!

El avance de los hongos se detuvo instantáneamente.

* * *

—¡Te han entendido! —exclamó Sylvia, maravillada.

—Sí, le hemos entendido —dijo alguien.

Parecía una sola voz y eran más de mil. Y lo más fantástico de todo era que no la oían por medio de ondas sonoras, sino en el interior de su cerebro.

—Somos amigos —insistió Lane, dándose cuenta de que se enfrentaba con unos telépatas—. Deseamos la paz; detestamos la guerra.

—¿Es cierto eso? —preguntó el ser irónicamente—. Porque uno de vosotros ha matado a uno de los nuestros y se lo ha comido.

—Yo... —Phibbs avanzó un paso y tragó saliva—. Lo siento, no lo sabía; me pareció una planta...

—Nosotros respetamos la vida, absolutamente, tanto la animal como la vegetal.

—Pero habéis dado muerte a quinientos seres —alegó Lane.

—Nos atacaron y debíamos defendernos. Defenderse siempre es lícito; atacar sin motivo, ilícito.

—Sí, más o menos como en la Tierra —dijo Alana con sorna.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? —pregunto el ser que era uno y mil a la

vez.

—Venimos de la Tierra, un planeta situado a dos millones de años luz de este mundo —explicó el joven—. Ellas son Sylvia y Alana; él es Roy y yo Ken.

—Dos sexos.

—Así nos reproducimos en nuestro mundo.

Sobrevino una corta pausa. Luego, el ser dijo:

—Está bien, os dejamos libres, con una condición.

—Aceptada —contestó Lane instantáneamente.

—Marchaos de aquí en el acto. No os detengáis hasta los antípodas; de lo contrario, concentraremos toda nuestra potencia mental y os destruiremos a vosotros y a vuestra nave.

—Ahora mismo nos vamos, descuida.

Lane agarró la mano de Sylvia y tiró de ella hacia la nave.

—No tendrán que repetírmelo dos veces —murmuró.

La otra pareja corrió detrás de ellos. Pocos minutos más tarde, Lane hizo despegar a la nave.

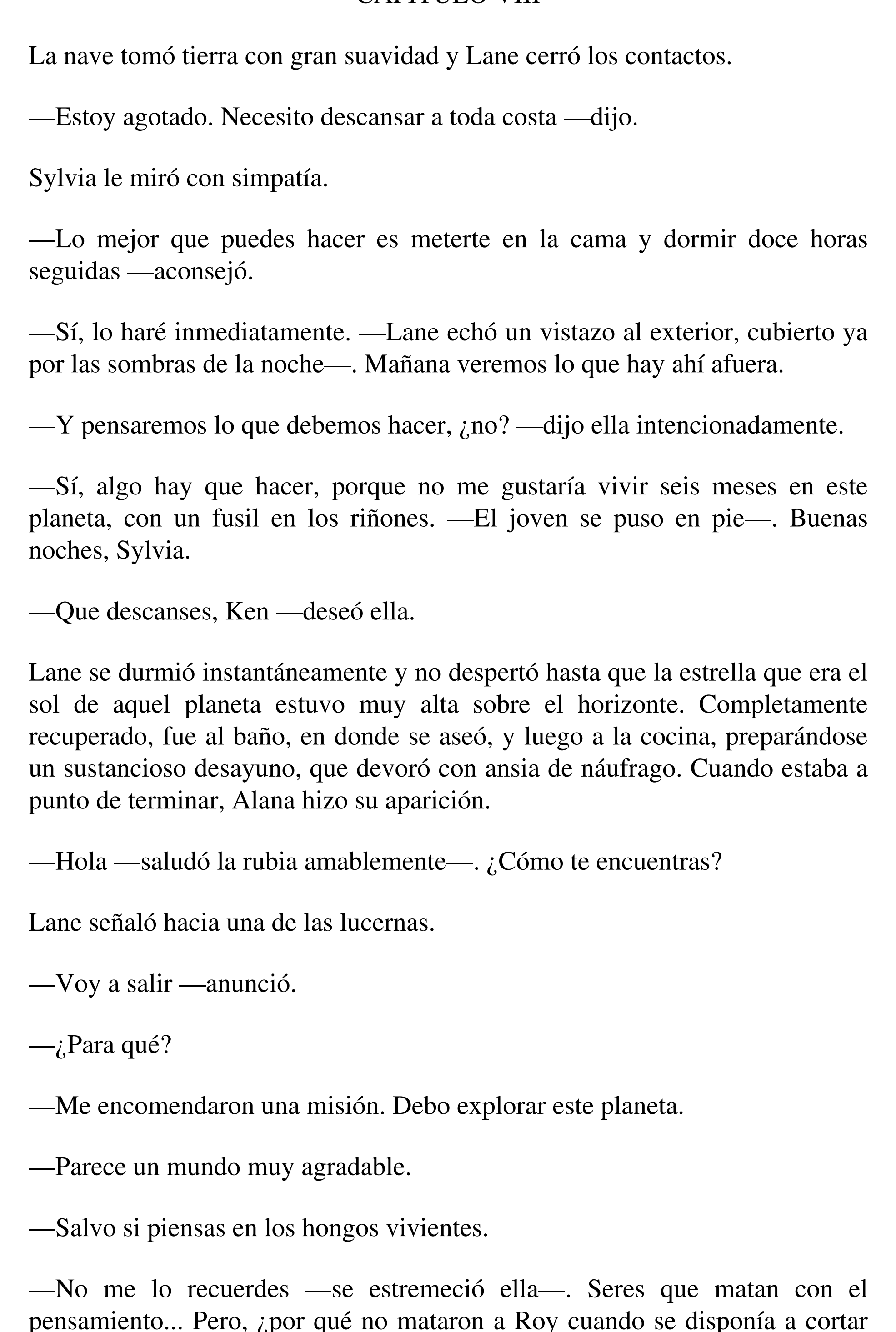
—He pasado un miedo espantoso —declaró Alana más tarde.

—Esos tipos... matan con la mente —dijo Phibbs estremeciéndose.

—Sí, y tú has matado a uno de ellos y, además, te lo has comido asado.

—Estaba tan rico... —De pronto, Phibbs se puso una mano en la boca—. Era un ser inteligente. Por tanto, me he convertido en un antropófago...

El estómago se le revolvió súbitamente y tuvo que llevarse una mano a la boca, mientras corría hacia el baño.



CAPITULO VIII

La nave tomó tierra con gran suavidad y Lane cerró los contactos.

—Estoy agotado. Necesito descansar a toda costa —dijo.

Sylvia le miró con simpatía.

—Lo mejor que puedes hacer es meterte en la cama y dormir doce horas seguidas —aconsejó.

—Sí, lo haré inmediatamente. —Lane echó un vistazo al exterior, cubierto ya por las sombras de la noche—. Mañana veremos lo que hay ahí afuera.

—Y pensaremos lo que debemos hacer, ¿no? —dijo ella intencionadamente.

—Sí, algo hay que hacer, porque no me gustaría vivir seis meses en este planeta, con un fusil en los riñones. —El joven se puso en pie—. Buenas noches, Sylvia.

—Que descanses, Ken —deseó ella.

Lane se durmió instantáneamente y no despertó hasta que la estrella que era el sol de aquel planeta estuvo muy alta sobre el horizonte. Completamente recuperado, fue al baño, en donde se aseó, y luego a la cocina, preparándose un sustancioso desayuno, que devoró con ansia de náufrago. Cuando estaba a punto de terminar, Alana hizo su aparición.

—Hola —saludó la rubia amablemente—. ¿Cómo te encuentras?

Lane señaló hacia una de las lucernas.

—Voy a salir —anunció.

—¿Para qué?

—Me encomendaron una misión. Debo explorar este planeta.

—Parece un mundo muy agradable.

—Salvo si piensas en los hongos vivientes.

—No me lo recuerdes —se estremeció ella—. Seres que matan con el pensamiento... Pero, ¿por qué no mataron a Roy cuando se disponía a cortar con su cuchillo a uno de los hongos?

—Probablemente, no estimaron que fuese una acción hostil, hasta que fue demasiado tarde. Había solamente tres o cuatro y quizá, después de ver muerto a su compañero, llamaron en su ayuda a los demás, temerosos de no ser lo suficientemente fuertes para luchar con nosotros.

—Es una explicación muy aceptable, Ken.

—No se me ocurre otra. Por cierto, ¿quién tiene la llave del departamento de pertrechos?

—¿Por qué lo preguntas?

—Necesito una cámara. Debo filmar algunas escenas de lo que sucede ahí afuera.

—Se lo pediré a Roy. Espero que se le haya pasado ya la borrachera.

—Ah, se emborrachó.

Alana se echó a reír.

—Imagínate, le dio por pensar que era un antropófago... El que se come a un semejante es un antropófago, ¿no?

—Habría que saber si los hongos vivientes son nuestros semejantes —dijo el joven, muy pensativo. . —Son inteligentes...

—Pero no tienen figura humana —Lane sacudió la cabeza—. De todos modos, es un tema que no me preocupa. Anda a buscar la llave.

—De acuerdo. Una pregunta... ¿Me dejarás que te acompañe?

Lane dudó un momento, pero aceptó la propuesta de inmediato.

—Claro —respondió sonriendo.

De Sylvia no había el menor rastro por el momento. Lane se imaginó a la muchacha aún más cansada que él, por lo que decidió no perturbar su reposo. Alana vino unos minutos después, con su rifle en una mano y la llave en la otra.

—Puedes entrar, pero no toques ningún arma —advirtió.

—Descuida.

Lane se pertrechó con una cámara y abundante película. Puso todo en una

bolsa, añadió unas tabletas de concentrado alimenticio y una cantimplora con agua, y se dirigió hacia la escotilla. Alana salió tras él, con el rifle colgado del hombro.

—¿Hacia dónde? —preguntó, una vez que estuvieron en el exterior.

Lane paseó la mirada por los alrededores. Estaban en una zona relativamente llana, con abundantes colinas de suaves contornos y una vegetación muy similar a la Tierra. A lo lejos, casi en el horizonte, se divisaba una cinta espejeante de un gran río.

—Da lo mismo —contestó al cabo—. No parece que haya vida inteligente y, con tal de no alejarnos demasiado de la nave, cualquier lugar es bueno para explorar.

Y, sin más, echó a andar con paso firme. Alana se le unió en el acto.

* * *

Tres horas más tarde, al contornear una colina, encontraron un pequeño arroyo. Había numerosos árboles. Alana se dejó caer a la sombra de uno de ellos.

—Estoy molida —confesó.

Lane no dijo nada, ocupado en tomar vistas de los alrededores. Hasta entonces, no habían encontrado el menor signo de vida, ni siquiera pájaros. Aquel planeta, por lo menos en la zona en que se encontraban, parecía absolutamente desierto.

Lane abrió su bolsa y sacó un par de tabletas alimenticias, una de las cuales entregó a la mujer.

—Eso repondrá las energías consumidas —sonrió.

Alana asintió. El joven despachó pronto su tableta.

Luego fue hacia el arroyo y se arrodilló en el borde. El agua era perfectamente potable. La anchura del arroyo era de unos seis- o siete metros y su profundidad no parecía excesiva. «Me llegará a la cintura», pensó, mientras especulaba con la posibilidad de darse un baño.

De pronto, se volvió hacia Alana.

—Quiero saber una cosa —dijo.

—¿De qué se trata? —preguntó ella.

—La nave estaba muy vigilada. ¿Cómo conseguiste colarte a bordo?

Alana soltó una risita.

—Nos dieron una llave que abre todas las puertas —contestó.

—No entiendo...

—Dinero, tonto.

Lane apretó los labios.

—Cuando encuentre al tipo que se dejó sobornar...

Alana volvió a reír.

—Tendrás que pelearte con dos docenas de vigilantes, Ken.

—Vaya, Honnicut supo hacerlo bien, ¿eh?

—Yo no he mencionado en absoluto ese nombre, tú.

—Se adivina en el acto. Me has llamado tonto, pero no lo soy.

—Era una expresión afectuosa —dijo ella, con un brillo muy raro en los ojos. De pronto, se puso en pie—. Creo que me conviene un baño.

Lane se sentó en el césped, con un cigarrillo colgado de los labios. Sin mostrar el menor rubor, Alana se quitó las ropas y se metió en el agua.

Nadó durante algunos minutos. Luego puso el pie en el fondo y agitó la mano.

—¿No vienes, Ken?

Lane contempló unos instantes a aquella hermosa mujer, cuyo pecho emergía tentadoramente fuera de las aguas. Sonrió y empezó a quitarse la ropa.

También nadó un poco. Luego se acercó a Alana y puso las manos en la cintura.

—Apostaría algo bueno a que Honnicut te dio una orden —dijo.

—No fue Honnicut —corrigió Alana..

—Bueno, es lo suficientemente listo como para encomendar la tarea a alguno de sus esbirros, pero el resultado es el mismo.

—¿Cuál es esa orden, Ken?

Lane sonrió. Ella no rechazaba sus argumentos, lo cual era señal de que sus sospechas resultaban la certidumbre total de la intervención de Honnicut en el asunto. Pero, como había dicho antes, no era tonto.

—Te dijeron que, si era preciso, debías complacerme en todo lo que yo pudiera pedirte —manifestó.

—¿Y... qué me vas a pedir?

Lane acentuó la presión de sus brazos.

—Adivínalo, encanto.

Alana rió suavemente.

—No es difícil —contestó.

* * *

Tendida al sol, boca abajo, Alana mordisqueaba un tallo de hierba.

—Es lo más fantástico que se ha ideado jamás —dijo—. Una astronave movida por la fuerza psicomotriz, que puede llegar a cualquier lugar del universo con la velocidad del pensamiento. ¿Te imaginas lo que pasará cuando el secreto se divulgue?

—Pregúntaselo a Honnicut, guapa —contestó Lane, tumbado boca arriba, con las manos baja la nuca—. Por eso estás aquí, creo.

—Es... aterrador, Si Honnicut no consigue averiguar cómo funciona la nave, su empresa se deshará como un terrón de azúcar en una taza de té hirviendo.

—Naturalmente, tú le informarás de lo que sabes.

—Te resultaría muy beneficioso, si decidieras colaborar.

—¿Qué debería hacer para ello, Alana?

—Simplemente, entregarle la nave a Honnicut.

Lane meneó la cabeza.

—No creo que eso sirviese de mucho —dijo.

—¿Por qué?

—Verás, desconozco por completo el diseño del generador. Además, está en una cámara sellada, una especie de caja completamente hermética.

—El blindaje se puede eliminar.

—Con riesgo de destruir algunos de los delicados mecanismos que hay en su interior *y* que transforman la energía mental, convenientemente multiplicada, en energía motriz. Yo no tocaría el generador, Alana.

—Bueno, tenemos meses por delante para estudiar el asunto, ¿no te parece?

—¿Cuánto te ha pagado Honnicut por la tarea?

Alana volvió la cabeza un instante. Sonreía de una forma indefinible.

—No hagas preguntas capciosas —dijo.

—Mucho dinero.

Ella hizo un gesto ambiguo.

—Ven, encanto —llamó con la mano.

Lane fue de nuevo. Todavía tenía mucho tiempo y terminaría por «ablandar» a la hermosa y ardiente rubia.

Una hora más tarde, decidieron emprender el regreso.

Alana soltó una risotada.

—Roy debe de estar dándose a todos los diablos por nuestra tardanza —dijo —. Y Sylvia también, supongo.

—¿Por qué se ha de extrañar Sylvia?

—Es una chica muy bonita...

—No tenemos nada en común. A ambos nos embarcaron en la nave a la fuerza.

—No me digas —se asombró Alana.

—Como lo oyes, Anda, vamos; ya te lo contaré todo por el camino.

Lane no tuvo el menor escrúpulo en explicar lo que les había sucedido con la Predictora. Se había forjado ciertos propósitos respecto de aquella máquina, y pensaba realizarlos apenas estuviese de vuelta en la Tierra.

—Vaya —exclamó Alaria, cuando estuvo enterada de la verdad—. De modo que esa maquinita es una estafa.

—Puedes estar segura de ello —contestó el joven.

Siguieron andando. El sol había pasado ya el meridiano y descendía hacia el horizonte. De pronto, cuando estaban solamente a un par de kilómetros de la nave, oyeron unos débiles estampidos.

Lane se detuvo en el acto.

—Son disparos de arma de fuego —identificó.

Las detonaciones fueron muy pocas, tres o cuatro. Luego volvió el silencio.

—¿Qué habrá pasado? —se alarmó la rubia.

—Tal vez los han atacado...

—No —dijo Alana—. Roy es un tanto impulsivo. Habrá visto algún animal y le ha disparado unos cuantos tiros, para divertirse.

—O tal vez para tener un poco de carne asada en la cena.

—Después de lo de ayer, dudo mucho de que coma nada de lo que se cría en este planeta —contestó ella—. Pero lo mejor será que nos demos prisa, para averiguar lo que ha sucedido.

—Está bien.

Reanudaron la marcha. Minutos más tarde, oyeron una serie de sonidos que les pusieron los pelos de punta.

Eran unos gruñidos incoherentes, como gritos que surgieran de la garganta de simios gigantes, mezclados con una especie de bárbara melopea, que no dejaba de tener un cierto ritmo. Al mismo tiempo, oyeron algo parecido al batir de un mazo contra una piel tensada, como la de un tambor de grandes dimensiones.

El griterío se acercaba rápidamente. Lane agarró el brazo de la rubia y tiró de

ella hacia unos arbustos cercanos, tras los cuales buscaron un escondite protector.

—Dame el rifle —pidió Lane enérgicamente.

Esta vez, Alana no se atrevió a negarse. Lane tomó el arma, revisó la carga y miró a través de los arbustos.

Pocos segundos más tarde, contemplaron la escena más increíble que jamás hubieran soñado ver en aquel planeta.

CAPITULO IX

Los nativos constituían un grupo muy numeroso, cuyo número calculó Lane en no menos de dos centenares. Iban vestidos someramente con retazos de pieles de animales que cubrían apenas sus caderas. Asombrado, observó que las mujeres iban mezcladas con los hombres, sin que el sexo fuese objeto de discriminación en sus acciones.

En general, todos ellos eran tremendamente robustos, de torsos poderosos y piernas muy musculadas, aunque algo cortas, según los módulos terrestres. Todos iban armados con cortas lanzas, de punta de sílex tallado, y también hachas y cuchillos del mismo material. La piel era oscura, atezada por la continua exposición a los elementos atmosféricos, y la mayoría de los ojos eran muy hundidos, casi simiescos, como la nariz. Pero, indudablemente, se observaban también algunos rasgos más agradables en varios de los ejemplares humanos que tenían a la vista.

La masa de salvajes despedía un hedor insufrible. «No conocen las ventajas del baño diario», pensó Lane.

Y entonces fue cuando vieron algo que les hizo sentir verdadero pánico.

Los salvajes habían capturado a dos prisioneros, que llevaban atados sobre sendas angarillas, transportadas a hombros por cuatro individuos de ambos sexos. Lane reconoció de inmediato a Sylvia y a Phibbs.

Así, pues, los disparos habían sido hechos para defenderse y no por capricho, pensó.

La mano de Alana se crispó en su brazo. Era una muda petición de ayuda para los prisioneros.

Lane alzó su rifle lentamente. Para él, resultaba obvio que iba a cometer una interferencia en la vida de unos seres que todavía se encontraban en la Edad de Piedra, pero por mucho que ello le repugnase, no podía permitir que los prisioneros sufriesen el menor daño.

En el mismo instante, sintió que algo caía sobre sus hombros.

Alana chilló. El joven levantó una mano, pero el lazo se cerró bruscamente en torno a su cuello. Alguien tiró hacia atrás y le hizo caer de espaldas.

Lane se debatió furiosamente. Varios individuos se arrojaron sobre él, impidiéndole todo movimiento. El joven creyó que iba a desmayarse por el

hedor que despedían aquellos cuerpos, más que por la presión que el lazo ejercía sobre su garganta. Por un momento, pensó que le iban a estrangular allí mismo, pero, casi en seguida, el lazo se aflojó, a la vez que otras cuerdas le rodeaban el cuerpo.

Desesperadamente, miró hacia su derecha. Alana se encontraba en la misma situación.

Unos minutos más tarde, se hallaban situados sobre unas angarillas, cuyos portadores echaron a correr de inmediato detrás del grupo principal, al que alcanzaron al cabo de poco rato. Los pensamientos de Lane se hicieron terriblemente pesimistas.

* * *

Estuvieron atados durante toda la noche, sin que sus captores, que parecían poseer una resistencia inagotable, dieran la menor señal de cansancio. Al fin, poco después de la salida del sol, la comitiva enfiló el camino que conducía hacia un profundo valle, en el que se divisaban algunas cabañas y cuevas, éstas abiertas en las laderas de dos colinas, que flanqueaban el curso de un no de bastante caudal.

Lane hizo un esfuerzo y alzó un poco la cabeza, para contemplar mejor el espectáculo. De pronto, oyó un enorme clamor.

Cientos y cientos de salvajes salieron en tropel de las cuevas y de las cabañas y corrieron al encuentro de los recién llegados, a los que acogieron con grandes muestras de alegría.

—Esto me da muy mala espina —comentó a Sylvia, quien, por casualidad, había quedado emparejada con él.

—¿Por qué? Simplemente, reciben a unos ausentes...

—Que salieron en busca de presas de caza.

Sylvia se quedó sin aliento.

—Oh, no... No pueden hacer...

—¿Estás en condiciones de evitarlo?

Los recién llegados caminaban ahora con más lentitud, abriéndose paso entre la masa de gente que había acudido a su encuentro. De súbito, Lane divisó algo que le hizo perder la respiración.

En el centro de aquella aldea, había un montículo de tierra, cubierto de grandes losas, en uno de cuyos lados se veía un canal labrado a golpes de sílex, el cual conducía directamente al río. Sobre el montículo había una especie de estrado o túmulo, también de piedras, que tenía unos tres metros de largo, por uno y medio de ancho y otro tanto de altura.

Abundaban ciertas manchas oscuras en las piedras del túmulo, pero, sobre todo, en el canal. Lane comprendió inmediatamente que se trataba de un altar para bárbaros sacrificios rituales a una desconocida deidad, protectora de aquel pueblo cuyos habitantes estaban todavía en la Edad de Piedra.

Por un momento, pensó que les iban a dar muerte en el acto, pero sus temores no se cumplieron. Sus secuestradores les condujeron hacia una de las laderas, en donde había una gran cueva, a cuyo interior fueron arrojados, tras serles cortadas las ligaduras. Antes de que pudieran rehacerse, una sólida reja de troncos cerró la entrada.

* * *

Phibbs era ahora un hombre inútil, acometido por un terror insuperable, que le impedía toda capacidad de raciocinio. Lane le miró con ojos compasivos; para aquel sujeto, toda situación que se saliera de unas normas previamente establecidas era un obstáculo para el que no encontraba soluciones que le permitieran vencerle.

Sylvia también estaba atemorizada, lógicamente, pero se mantenía serena, lo mismo que Alana. El joven pensó que, de buscar ayuda, sólo podría encontrarla en aquellas dos mujeres.

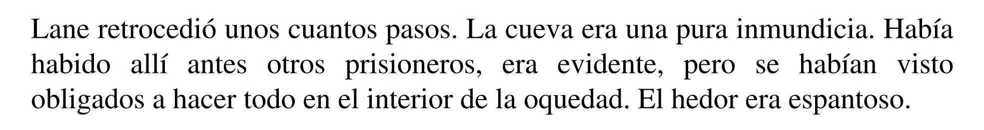
Acercándose a la reja, tanteó los troncos, de madera muy dura, según estimó, y ninguno de ellos de un grueso inferior a los diez centímetros. Sus captores, tras haberles abandonado en el improvisado calabozo, parecían haberse olvidado de sus prisioneros.

Los troncos estaban unidos con cuerdas hechas con fibras vegetales, también muy recias. Los bordes de la reja quedaban sujetos a unas entalladuras practicadas en los bordes rocosos de la boca de la cueva.

—Es imposible —dijo Alana de pronto—. No podremos escapar de aquí.

—No estés tan segura de ello —contradijo Lane—. Ciertamente, no tenemos nada encima, pero, a fin de cuentas, se trata solamente de madera y de cuerdas de fibra.

—¿Piensas cortar la reja? —preguntó Sylvia.



Lane retrocedió unos cuantos pasos. La cueva era una pura inmundicia. Había habido allí antes otros prisioneros, era evidente, pero se habían visto obligados a hacer todo en el interior de la oquedad. El hedor era espantoso.

—Me voy a poner enferma —se quejó Sylvia.

—Los olores no matan, si no proceden de un gas venenoso —contestó él sentenciosamente. De pronto, se inclinó y recogió algo, a la vez que lanzaba una exclamación de alegría—: Bueno, ya tenemos algo a nuestro favor.

Alguien se había olvidado allí un cuchillo de sílex. Sylvia contempló el arma con ojos críticos.

—Deberías hacer una prueba —aconsejó.

—A la noche.

—Quizá entonces sea ya tarde.

Lane señaló al otro lado de la reja, por donde pululaban los salvajes.

—Acudirían de inmediato, si me vieran tratando de romper las cuerdas —contestó.

Sylvia asintió. Lane tenía razón; por el momento, no podían hacer nada, salvo esperar.

—¿Pensarán matarnos? —preguntó Allana con voz opaca.

Lane recordó el altar de los sacrificios.

—La duda estriba en si lo harán ahora o esperarán algún tiempo —repuso sombríamente.

De repente, se oyó un griterío estremecedor.

* * *

Lane y las dos mujeres corrieron hacia la reja. Desde allí, pudieron contemplar un espectáculo insólito y horripilante.

Los salvajes corrían hacia el lugar donde estaba emplazado el túmulo de piedras. Una docena de hombres y mujeres batían furiosamente los tambores, situados en semicírculo delante del altar. Mientras, cuatro grupos de indígenas transportaban en volandas a otros tantos prisioneros, un hombre y tres mujeres, todos absolutamente desnudos.

Pero lo más horrible de todo era que los prisioneros estaban enormemente gordos.

Al otro lado del altar, ardían cuatro enormes hogueras. Lane sintió frío, a pesar de la elevada temperatura que reinaba en el interior de la cueva.

Una de las cautivas fue situada de inmediato sobre la piedra. La infeliz se debatía espantosamente, conocedora de la suerte que la esperaba, pero sus fuerzas eran

nada comparadas con las manos que la sujetaban. Sylvia no pudo soportar la escena y se retiró al fondo de la cueva, temblando de pies a cabeza.

Lane y la rubia quedaron allí, morbosamente fascinados por el espectáculo. Un hombre, ataviado con la piel de una fiera, que le cubría los hombros y la espalda, y cuya cabeza cubría la suya, se acercó al altar, con un enorme cuchillo en la mano.

El cuchillo, con el filo de una navaja de afeitar, se movió velozmente en la garganta de la víctima. La sangre manó en violentos chorros de la espantosa herida. Luego, el cuchillo se hundió hasta la empuñadura en el pecho de la mujer, cuyas convulsiones no cesaban un solo momento.

Todavía con vida, la víctima fue arrojada al aire y recogida por una veintena de manos ansiosas. Aún respiraba, cuando los cuchillos empezaron a despedazarla.

Los tres restantes prisioneros sufrieron la misma suerte. Lane se obligó a sí mismo a no perder detalle del repugnante espectáculo. Si sobrevivía, debería informar de cuanto había visto.

Más tarde, se inició el antropofágico banquete.

Phibbs estaba sentado en el suelo, con las rodillas en el pecho, sumido en un estado de estupor, que le convertía en un ser totalmente inútil. Lane decidió discutir la situación con las dos mujeres.

—Es preciso ser realistas —dijo—. Nuestra posición es muy mala, pero, por fortuna, todavía estamos vivos.

—No por mucho tiempo —contestó Alana lúgubremente—. Pronto nos tocará el turno...

—Creo que te equivocas, Alana.

—Ken, ¿es que no has visto lo que han hecho esos bárbaros? —intervino Sylvia, muy sulfurada.

Lane movió las dos manos a la vez.

—Calma, calma —aconsejó—. Es preciso no dejarse llevar por los nervios y mantener la serenidad. Insisto en que no van a matarnos muy pronto.

—¿Qué te hace pensar una cosa así? —preguntó la chica.

—¿Se os ha ocurrido alguna vez la posibilidad de hacer una huelga de hambre?

Sylvia y Alana se quedaron atónitas.

—Huelga de hambre —repitió la segunda.

—Dejar de comer —exclamó Sylvia.

—Exactamente —corroboró Lane.

—Hombre, no digo que la situación me haya dado mucho apetito precisamente, pero alguna vez tendremos que comer, me parece.

—Comer, sí, pero en cantidades mínimas.

—¿Para qué? —quiso saber Alana.

—*Para no engordar.*

Sobrevino un espeso silencio. Tanto Sylvia como Alana acababan de comprender el sentido de aquellas palabras.

—Cebaron a los prisioneros...

—Tal vez durante meses.

Lane asintió.

—Me alegro de que os hayáis sabido dar cuenta del detalle. Y, como podéis comprender, eso significa que, por ahora, estamos seguros.

Blandió el cuchillo de sílex y añadió:

—Esta noche empezaré a cortar las cuerdas.

En aquel momento, Sylvia exclamó:

—Cuidado, esconde ese chisme. ¡Viene alguien!

CAPITULO X

Varios salvajes entraron en la cueva, tras retirar la reja, unos cuencos con carne asada y frutas diversas, así como una gran vasija que contenía agua. Lanzaron algunos gruñidos y se retiraron.

La reja volvió a su sitio. Sylvia se apartó del cuenco que contenía la carne.

—No podré comer eso —dijo, ahogada por las bascas que sacudían su estómago con terrible violencia.

Lane se acuclilló y examinó la carne durante unos minutos. De pronto, levantó un trozo.

—Si no me equivoco, esto es la mitad del muslo de una gallina gigante —dijo. Probó un poco y movió la cabeza aprobatoriamente—. Sí, un ave —confirmó.

—A pesar de todo, no tengo apetito —insistió Sylvia.

—Mejor, así iniciarás ahora mismo tu dieta de adelgazamiento. —Lane volvió la vista hacia la otra—. A ti también te conviene perder unos cuantos kilos.

Alana le enseñó la lengua en son de burla. Sylvia, al fin, venció su repugnancia, y comió algo de fruta.

Phibbs continuaba en el mismo estado, ajeno por completo a cuanto le rodeaba.

—Ha debido de sufrir un terrible «shock» psíquico —supuso Lane.

—Nos sorprendieron tan bruscamente, que no tuvimos tiempo de reaccionar —declaró Sylvia—. La verdad, nos sentíamos muy confiados...

—Empiezo a pensar que la magnanimidad de los hongos inteligentes no era más que hipocresía.

—¿Lo crees así? —A ellos, al parecer, no les gusta matar, a menos que se vean obligados irremisiblemente. Pero no les importa que otros maten. Y, según mis cálculos de navegación, aterrizamos en los antípodas. Ahora saca tú misma las conclusiones adecuadas.

—Sí, creo que tienes razón —convino la chica—. Pero hay algo que me preocupa, Ken. Se me ha ocurrido ahora...

—¿De qué se trata?

—Nuestros captores caminaron durante el final de la tarde y toda la noche. Yo calculo que recorrieron una distancia no inferior a los sesenta kilómetros. Si conseguimos escapar, ¿cómo llegaremos a la nave?

—Es lo primero en que pensé —sonrió Lane—. Por eso me fijé en la posición de las estrellas y así pude comprobar que, en todo momento, nuestros secuestradores caminaron en línea recta.

—¿Piensas en todo, eh? — .Dijo Alana con sorna.

—Me enviaron a explorar mundos desconocidos y yo me preparé para la tarea —contestó el joven.

—No tuviste mucho tiempo —objetó la rubia.

—Fue el suficiente.

Sylvia dijo en aquel momento que tenía sed y Lane levantó el cuenco que contenía el agua con ambas manos.

—Esperaremos veinticuatro horas, para ver si Roy reacciona por sí mismo —dijo, mientras bebía la muchacha—. En caso contrario, tendremos que intentar volverle a la normalidad.

—Será difícil —aseguró la rubia—. Dame a mí también un poco de agua, por favor.

Lane bebió a continuación. El líquido tenía un ligero sabor dulzón y le pareció algo más espeso que el agua pura, pero, evidentemente, resultaba agradable.

—Me pregunto cuánto tiempo tardarán en considerar que ya estamos lo suficientemente apetitosos para la hoguera —dijo Alana.

—Si mantenemos la dieta... —De pronto, Sylvia se interrumpió, a la vez que se llevaba una mano a la frente—. Oh, qué... sueño...

Casi en el acto, se desplomó al suelo.

Alana cayó unos segundos después. Lane dio un par de pasos, pero, de repente, se sintió acometido por un sueño invencible.

Tardíamente comprendió que el agua contenía algún narcótico. Antes de que pudiera auxiliar a las dos mujeres, yacía en el suelo, completamente dormido.

Fuera, seguía la orgía caníbal.

Lane despertó de pronto, sintiendo un extraño torpor en los músculos y en el cerebro. Todavía con la mente embotada, se preguntó cuánto tiempo habría permanecido sumido en el sueño.

Durante largo rato, estuvo todavía en una situación de semiinconsciencia que no le permitía razonar con claridad. Luego, poco a poco, se dio cuenta de que su cerebro volvía a la normalidad.

Era de día claro. Lane calculó que habrían dormido toda la noche de un tirón y se preguntó qué objeto tenía narcotizar a unos prisioneros que no podían moverse.

Haciendo un esfuerzo, consiguió acomodarse en una postura algo mejor y se sentó, con la espalda apoyada en el muro de la cueva. Entonces vio algo que le hizo dudar de la integridad de sus sentidos.

El suelo de la cueva estaba sembrado de toda clase de desperdicios: huesos, restos apestosos de comida, peladuras de frutas... v todo ello en enormes cantidades. Lane se preguntó si no les habrían trasladado de lugar durante el sueño y llevado a otra cueva más segura.

—Sin duda, encontraron el cuchillo de sílex... y quisieron aumentar sus medidas de seguridad —supuso.

—En aquel momento, oyó un quejido.

—Me parece que he dormido un siglo —dijo Sylvia.

—No, sólo una noche —contestó él, a la vez que volvía la cabeza.

Entonces, se quedó helado de horror.

Alana despertaba también. Un poco más allá, Phibbs bostezaba aparatosamente.

Lane alzó sus brazos, para situarlos frente a sus ojos. Luego, incapaz de creer en la evidencia más absoluta, bajó la vista hacia su cuerpo y sus piernas.

—No —dijo, sudando de pánico—. No es posible...

Pero sabía que era verdad.

Sylvia chilló. Alana emitió un alarido terrorífico.

Phibbs lanzó un atroz juramento.

—¿Quién me ha echado encima cincuenta kilos? —aulló.

Durante unos minutos, ninguno de los cautivos fue capaz de hacer o de decir algo. Todos se contemplaban, unos a otro, pasmados por el asombro que les producía verse terriblemente obesos, con un aumento de peso que, en ningún caso bajaba de los cuarenta kilos.

El suelo cubierto de desperdicios, hecho una pura inmundicia, era la más clara explicación de lo sucedido.

Lane se pasó una mano por la cara, adornada ahora con una frondosa barba, lo mismo que le había ocurrido a Phibbs. En cuanto a las mujeres, sus cabellos habían crecido más de dos palmos.

Aturdido por la increíble revelación, trató de conseguir volver a la calma. Debía mantenerse sereno o podía resultar mucho peor.

—¡Ken! ¿Qué nos ha sucedido? —preguntó Sylvia, evidentemente aterrorizada.

Lane alzó su brazo izquierdo y se dio cuenta de que no tenía el reloj.

—¿Alguien dispone de un reloj calendario? —consultó.

Recibió tres respuestas negativas.

—¿Por qué nos han quitado los relojes? —se sorprendió Phibbs.

Lane observó el grosor de su muñeca.

—Es bien sencillo —dijo—. Ahora tendríamos las pulseras incrustadas en la carne.

Alana bajó la vista hacia su cuerpo.

—Nos han vestido con pieles —dijo.

—Y no tardarán mucho en quitárnoslas —supuso Lane.

—Ken —terció Sylvia—, empiezo a sospechar la verdad.

—¿De qué se trata? —inquirió Phibbs.

—El líquido que nos dieron como agua... Era un narcótico.

—Y nos han hecho dormir durante... ¿Cuánto tiempo? —dijo Alana.

—Meses enteros. Probablemente —calculó Lane—, no hemos estado totalmente inconscientes, aunque sí en una situación tal, que nos impedía resistirnos a los deseos de nuestros carceleros. Por tanto hemos comido abundantemente y si a ello añadimos que no hemos hecho el menor ejercicio...

—Resulta que ya estamos cebados para la cocina —exclamó la rubia,

Sylvia lanzó un gemido de horror.

—Nos van a devorar —exclamó.

Phibbs gruñó:

—Después de muerto, lo que hagan con mi cuerpo me importa un rábano. Pero no quiero morir, ésa es la verdad.

—Nadie quiere morir —dijo Lane.

—Todavía estamos vivos. Y podemos movernos —añadió Sylvia, algo más tranquilizada.

—Pero no nos queda mucho tiempo —manifestó Lane.

—¿Cómo lo sabes?

—Estamos despiertos, en plena consciencia... lo mismo que las víctimas a las que vimos sacrificar el mismo día de nuestra llegada.

Un ominoso silencio siguió a las últimas palabras del joven, porque todos los presentes habían adivinado el sentido de su respuesta.

* * *

Haciendo un tremendo esfuerzo. Lane consiguió ponerse en pie, tremendamente envarado por aquellos cuarenta kilos de peso de más sobre su estructura corporal. Aparte de la gordura, era preciso tener en cuenta el tiempo que había permanecido inconsciente y la consiguiente falta de ejercicio, lo que eran factores en contra de cualquier movimiento medianamente rápido.

Respiraba dificultosamente. Si salía vivo, y no tenía la menor idea de cómo conseguirlo, tendría que aplicarse a rebajar el peso de una forma drástica, comiendo apenas lo indispensable para no sufrir algún colapso. Pero, en lo sucesivo, se lo miraría mucho antes de darse un buen banquete.

El cuchillo de sílex como había supuesto, no estaba. Ahora no tenía más que sus manos, poco menos que inútiles herramientas para intentar arrancar o

romper la reja de troncos.

—Y aunque lo consiguiera, aunque pudiéramos evadirnos —pensó en voz alta —, ¿cómo huir, si no podemos movernos apenas?

—Los hongos sé portaron generosamente —dijo Phibbs con amargo humorismo—. Nos expulsaron de su territorio, sabiendo que aquí nos iban a conducir a la caldera. Ken, ¿hay extintores de incendio a bordo de tu nave?

El joven se sorprendió de aquella pregunta. . —¿Qué quieres decir? —exclamó.

—No, si lo decía para no usarlos allí... ¡porque si conseguimos llegar a la astronave, voy a pegar fuego a aquella llanura donde viven los hongos! —manifestó Phibbs rabiosamente.

—Antes de pensar en la venganza, piensa en cómo salir de aquí. Y, sinceramente yo no le veo la solución.

De nuevo sobrevino otro intervalo de silencio. Súbitamente, Sylvia levantó una mano.

—Se me ha ocurrido una idea... —dijo tímidamente.

—Vamos, habla —pidió Alana.

—Es que... Me parece tan disparatada... Uf, de tan gorda que estoy, no puedo casi ni respirar.

—Tómate el tiempo que quieras guapa —aconsejó Phibbs burlonamente.

—No puede perder mucho —dijo Lane desde la reja—. Estoy viendo gente que acarrea leña para las hogueras.

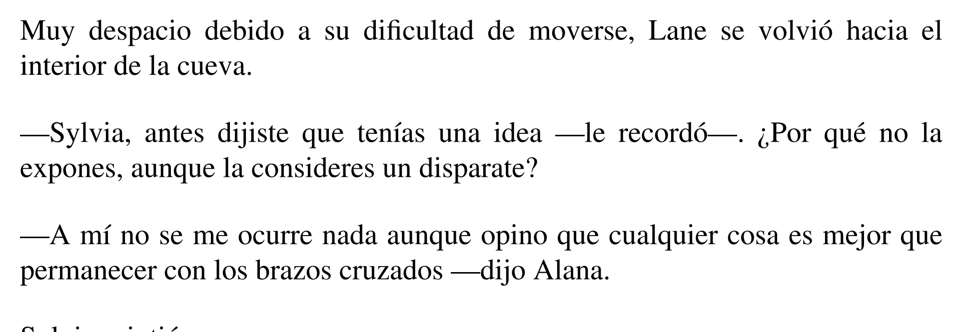
Un escalofrío colectivo recorrió cuatro espaldas al mismo tiempo.

—¿Ya? —dijo Alana.

—Estamos despiertos, ¿no? Puede que estos nativos sean muy salvajes, bajo nuestro civilizado punto de vista, pero no hay duda de que saben calcular la dosis de narcótico, a fin de que sus víctimas se despierten el día adecuado.

—Hoy —murmuró Phibbs.

—Eso parece.



Muy despacio debido a su dificultad de moverse, Lane se volvió hacia el interior de la cueva.

—Sylvia, antes dijiste que tenías una idea —le recordó—. ¿Por qué no la expones, aunque la consideres un disparate?

—A mí no se me ocurre nada aunque opino que cualquier cosa es mejor que permanecer con los brazos cruzados —dijo Alana.

Sylvia asintió.

—Ken, a ti te eligieron para piloto, por tus especiales características psíquicas —manifestó.

—Me eligieron por una cochina trampa —rezongó él.

—Yo sospecho que no fuiste el único. Kerrigan tiene la suficiente inteligencia como para no depender de un solo piloto. Lógicamente hizo una selección entre los más apropiados, hasta que encontró el mejor. Entonces fue cuando Lucille Smouts interpretó la escena de su muerte a tus manos.

Lane entornó los ojos.

—Casi te comprendo —dijo.

—Tienes que intentarlo —rogó ella—. Es nuestra única posibilidad.

—A ti también te seleccionaron como la mejor —adujo Lane.

—Pero sólo como una especie de suplemente... Tu potencia mental es infinitamente superior. ¡Úsala, Ken!

El joven vaciló un momento. ¿Y si no daba resultado?, se preguntó.

En aquel instante, Alana lanzó un agudo grito:

—¡ Ya vienen !

CAPÍTULO XI

Lane volvió la cabeza. Los tambores empezaron a sonar en aquel instante. A través de los troncos que barraban la cueva, pudo ver una nutrida procesión de salvajes, hombres y mujeres, que ascendían pausadamente por la ladera, a la vez que entonaban una monótona melopea.

Algunos batían palmas rítmicamente. Abajo, la multitud empezaba a

congregarse en torno al túmulo de los sacrificios.

—Ken —dijo Sylvia apremiantemente.

Lane asintió. Debía intentarlo, no quedaba otra solución.

Hizo un esfuerzo y se puso ambas manos sobre la frente.

Cerró los ojos, concentrándose en sí mismo. Deseó ver a través de los párpados cerrados y se hicieron transparentes, como de vidrio.

Los nativos no se habían percatado aún de nada. Lane concentró su fuerza mental en la reja.

Los troncos y las cuerdas le parecieron una barrera irresistible. Aumentó su presión, sin darse cuenta de que toda su epidermis chorreaba sudor.

De pronto, los troncos saltaron con grandes crujidos y volaron por los aires. La procesión se detuvo, atónitos sus componentes ante un fenómeno que les resultaba absolutamente incomprensible.

Lane dirigió ahora sus dardos mentales hacia los salvajes. No quería matar; comprendía que lo que hacían era «su» civilización y que un día abandonarían tan bárbaras costumbres. Pero aún habían de transcurrir miles de años... y ellos no podían esperar tanto tiempo.

Un hombre resultó derribado por un soplo invisible. A su lado cayó una mujer, lanzando agudos alaridos de terror.

Lane pensó que podía morir y, extrañamente, no le importó, porque así salvaba a sus compañeros. Volvió a concentrarse de nuevo y ahora, la irresistible potencia de su mente, derribó de golpe a cuarenta o cincuenta nativos.

Un coro de gritos de pánico se elevó de los asustados indígenas. Lane decidió continuar con la demostración y lanzó su mente contra el altar de los sacrificios, ennegrecidos por la sangre de centenares de víctimas.

Las piedras volaron en todas direcciones, a gran distancia. A continuación, Lane «sopló» hacia las hogueras, cuyas brasas se dispersaron instantáneamente.

Algunos troncos ardiendo fueron a parar a los techos de bálago de las cabañas, qué se incendiaron inmediatamente. Ahora, el terror más espantoso se había apoderado de las gentes de la aldea. .

Despavoridos, acometidos por un miedo insuperable, hombres, mujeres y niños huían espantados, enloquecidos, abandonándolo todo. Lane decidió completar su tarea, desgajando veinte árboles, que hizo volar sucesivamente a enorme distancia.

Unos minutos después, el lugar estaba completamente vacío. Algunas cabañas se consumían en llamas.

Pero ya no había ningún nativo a la vista.

Entonces, Lane sintió una especie de desfallecimiento y cayó al suelo.

* * *

Algo fresco acarició su frente. Sylvia, arrodillada a su lado, pasaba la mano mojada por su cara.

—Te daría agua, pero no me atrevo a pedirte que la bebas —dijo.

Lane hizo un débil movimiento.

—Ya me encuentro mejor —murmuró.

—Tienes un arma poderosa en el cerebro. No me gustaría ser tu enemigo —dijo Alana.

—¿Cómo has podido desarrollar tanto tus facultades mentales? —preguntó Phibbs.

—Eso quisiera yo saber —dijo Lane, ya sentado en el suelo—. Lo único que puedo decir es que Sylvia me lo sugirió, yo lo intenté... y dio resultado.

—Á tiempo —sonrió la aludida—. De lo contrarió, estaríamos ya en la caldera.

—Quizá tenga algo que ver con ello el «ejercicio», llamémosle así, que hiciste para traernos a Andrómeda —apuntó Alana.

—Bien pudiera ser —convino el joven—. Y ahora, si no nos importa, deberíamos pensar en emprender la vuelta a la nave.

Hizo un esfuerzo y, ayudado por las dos mujeres, se puso en pie.

—Sólo son sesenta kilómetros —dijo sonriendo—. Haremos el viaje sin prisas, comiendo sólo lo imprescindible; así iniciaremos la dieta de adelgazamiento.

—Si me viesen mis amigos... —se lamentó la rubia.

Echaron a andar. Debían detenerse con frecuencia, tanto debido a la propia gordura, como a la falta de ejercicio. En algunas de las cabañas de la aldea, que no habían sido consumidas por las llamas, encontraron restos de comida, así como algunas frutas, que pusieron en bolsas muy primitivas, elaboradas por las mujeres nativas. Luego, orientándose por la posición del sol, Lane encabezó la corta comitiva.

A la noche consiguió una orientación mejor por las estrellas. Corrigió el rumbo y lo marcó con una rama recta en el suelo, para reanudar el camino a la mañana siguiente.

Las etapas fueron muy cortas, debidas a la situación en que se hallaban. Apenas si podían caminar cinco o seis kilómetros por jornada, lo que les supuso diez días largos, hasta avistar la nave.

Para entonces, ya habían perdido buena parte del peso adquirido durante el cautiverio. Cuando vieron la astronave, gritaron de júbilo, todos al mismo tiempo.

—¡Estamos salvados! —exclamó Sylvia.

Lane respiró aliviado. En aquellos días, había conseguido perder una docena de kilos. Ahora se sentía mejor, aunque resultaba evidente que todavía tenía que perder más, hasta alcanzar su peso normal.

Había otra cosa que les preocupaba también. En todo el tiempo transcurrido en su encierro, no se habían lavado en absoluto. Lane sintió asco de sí mismo y dijo que no quería partir sin haberse sometido antes a una severa sesión de higiene. Era una propuesta más que lógica y la iniciaron con un largo baño en el río, por parejas de hombres y mujeres, vigilando unos mientras los otros se bañaban.

Luego vino el corte de pelo y el afeitado para ellos. Al terminar. Lane se sintió otro hombre.

—Estoy en disposición de pilotar la nave —anunció.

—¿Qué dirán cuando nos vean con este aspecto? —preguntó Sylvia, aprensiva.

—Pues... dirán qué bien se vive en ese planeta, qué buen trato os han dado y cosas así —contestó Lane riendo—. ¿Estamos listos?

Alana y Phibbs tardaron algo en contestar. Lane les vio a unos pasos de distancia, cuchicheando con aire de conspiradores. Tomó nota del incidente; la pareja había actuado junto a ellos, colaborando más o menos voluntariamente, pero no había que olvidar que, pese a todo, seguían siendo unos esbirros de Honnicut.

—Eh, nos vamos —exclamó.

—Cuando quieras —contestó Alana jovialmente.

Entraron en la nave. Lane y Sylvia ocuparon los dos asientos de la cabina, mientras los otros aguardaban en sus respectivas literas. El joven inició sus preparativos. De pronto, sintió que la mano de Sylvia se apoyaba en su brazo.

—¿Estás seguro de que el psicomotor está conectado? —preguntó.

Lane señaló el reloj calendario que tenía sobre la consola de mandos.

—Han pasado ciento noventa y un días desde nuestro aterrizaje —contestó—. Y aquella luz verde significa que todo está en orden.

—Ahora me siento mejor —sonrió ella—. Estoy dispuesta, Ken.

Lane asintió y empezó a concentrarse en sí mismo. Al cabo de unos segundos, pensó: «Quiero viajar hasta la Tierra, en el Sistema Solar».

La nave viajó hasta la Tierra, en el Sistema Solar, en cuestión de segundos.

* * *

El suelo se hizo visible. Sylvia miró a través de la lucerna y exclamó alegremente:

—¡Ya estamos de nuevo en casita!

Phibbs y Alana corrieron a la cabina de mando.

—¿Hemos llegado? —preguntó el primero.

—¿«Eso» es la Tierra? —dijo la rubia.

Lane se había quitado el casco y contemplaba estupefacto el singular espectáculo que se ofrecía ante sus ojos. En cuanto alcanzaba su vista, no sé divisaba el menor signo de vida, animal o vegetal.

El suelo estaba absolutamente pelado. Había elevaciones y depresiones, muy

redondeadas y de poca altura, y sin accidentes bruscos, como cañones, barrancos o precipicios. El altímetro de la nave señalaba unos cuatrocientos kilómetros y la observación era efectuada a través de una pantalla de televisión que acercaba prodigiosamente las imágenes del suelo.

—Es la Tierra —confirmó Lane—. Veo la Luna, más allá detecto Marte y Venus en dirección casi opuesta... pero no comprendo qué ha pasado...

—Acércate a la superficie —aconsejó Alana.

El joven tomó los controles manuales. Pocas horas más tarden se hallaban a cinco o seis kilómetros del suelo.

El aspecto de absoluta desolación era igual en todas partes. La nave se movía a unos mil kilómetros por hora y en ningún sitio se advertía el menor signo de vida.

—¿Es posible que en seis meses se haya producido una guerra y todo haya quedado arrasado? —exclamó Alana.

Hubo un largo espacio de silencio. De pronto, Lane exclamó:

—¿Estamos seguros de hallarnos en nuestra época?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sylvia.

—¿Tratas de sugerir que, además de viajar en el espacio, nos hemos movido también a través del tiempo? —preguntó Phibbs.

El índice de Lane señaló uno de los instrumentos.

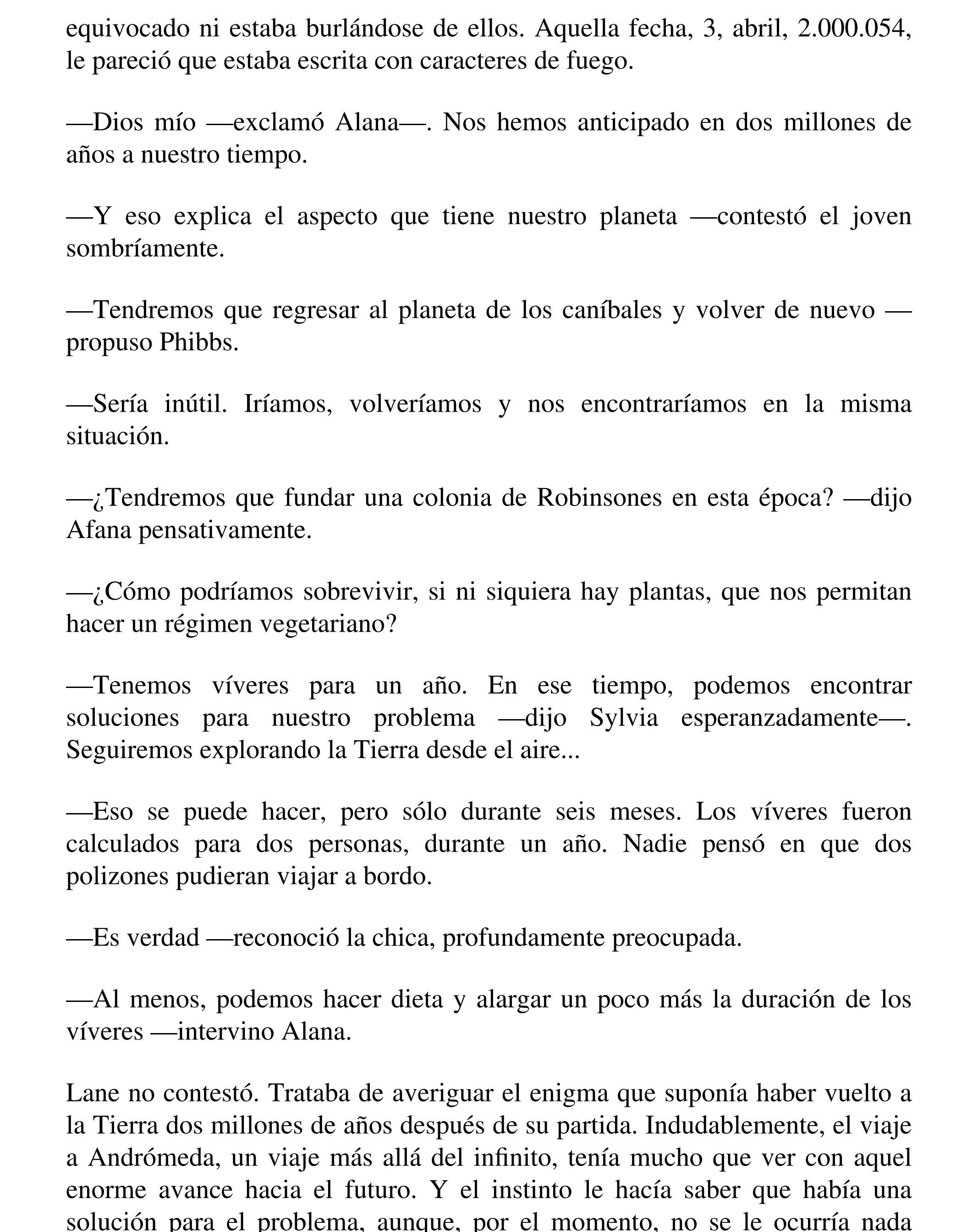
—Nuestra mente puede sufrir alucinaciones y ver lo que no es, y hacer que lo creamos como si fuese algo absolutamente real. Pero las máquinas, aun las computadoras más perfectas, no tienen mente y sólo reflejan la realidad. Por ejemplo, ese calendario. Si se tratase de uno cualquiera de nosotros, diría que es una broma. Los calendarios automáticos no tienen ninguna propensión a gastar bromas.

—¿Qué fecha marca? —preguntó Alana, que no llegaba a ver bien el indicador.

—Tres de abril del año dos millones cincuenta y cuatro.

* * *

Los ojos de Sylvia se fijaron en el calendario. No, Lane no se había



equivocado ni estaba burlándose de ellos. Aquella fecha, 3, abril, 2.000.054, le pareció que estaba escrita con caracteres de fuego.

—Dios mío —exclamó Alana—. Nos hemos anticipado en dos millones de años a nuestro tiempo.

—Y eso explica el aspecto que tiene nuestro planeta —contestó el joven sombríamente.

—Tendremos que regresar al planeta de los caníbales y volver de nuevo —propuso Phibbs.

—Sería inútil. Iríamos, volveríamos y nos encontraríamos en la misma situación.

—¿Tendremos que fundar una colonia de Robinsones en esta época? —dijo Afana pensativamente.

—¿Cómo podríamos sobrevivir, si ni siquiera hay plantas, que nos permitan hacer un régimen vegetariano?

—Tenemos víveres para un año. En ese tiempo, podemos encontrar soluciones para nuestro problema —dijo Sylvia esperanzadamente—. Seguiremos explorando la Tierra desde el aire...

—Eso se puede hacer, pero sólo durante seis meses. Los víveres fueron calculados para dos personas, durante un año. Nadie pensó en que dos polizones pudieran viajar a bordo.

—Es verdad —reconoció la chica, profundamente preocupada.

—Al menos, podemos hacer dieta y alargar un poco más la duración de los víveres —intervino Alana.

Lane no contestó. Trataba de averiguar el enigma que suponía haber vuelto a la Tierra dos millones de años después de su partida. Indudablemente, el viaje a Andrómeda, un viaje más allá del infinito, tenía mucho que ver con aquel enorme avance hacia el futuro. Y el instinto le hacía saber que había una solución para el problema, aunque, por el momento, no se le ocurría nada medianamente satisfactorio.

—En fin —suspiró—, lo mejor será seguir dando vueltas en torno a la Tierra. Si encontramos algo parecido a un oasis, nos detendremos en él y discutiremos la situación

La nave se elevó a unos diez mil metros y reanudó su vuelo. Lane pudo divisar los contornos de Europa y gobernó hacia el Oeste, para encontrar América. Indudablemente, el suelo había sufrido grandes cambios en dos millones de años, pero los continentes, en general, habían sufrido pocas alteraciones en sus contornos.

Las mujeres prepararon algo de comer. Pasaron varias horas.

De pronto, cuando se hallaban ya sobre la vertical de los grandes Lagos, Sylvia agarró con fuerza un brazo de Lane.

—Creo que tengo la solución —dijo, con ojos muy brillantes.

Lane miró esperanzadamente a la muchacha.

—¿Sí?

—Parece mentira, de tan sencillo que es... Si viajando hacia Andrómeda, a dos millones de años luz, hemos adelantado otro tanto en años, ¿qué pasaría si viajáramos en dirección diametralmente opuesta?

El joven se quedó con la boca abierta. La solución, tan simple, resultaba genial.

—Pero... no sé a qué punto dirigirme...

—¿Qué importa? —exclamó Sylvia vivamente—. Solamente necesitas propulsar la nave hasta dos millones de años luz, en dirección diametralmente «opuesta». Una vez que los indicadores confirmen la posición de la nave, inicias el regreso... ¡y volveremos a estar de nuevo en el siglo XXII!

Lane asintió. Luego sonrió:

—¿Sabes?, en cuanto aterrice, voy a dejar la nave y no pienso volver al espacio en los días de mi vida —exclamó.

—En eso estoy de acuerdo contigo —dijo la mi chacha con acento ardoroso —. No más aventuras en el espacio, Ken.

—De acuerdo. —Vagamente, Lane se percató de que estaban solos en la cabina, pero no concedió mucha atención al detalle—. ¡Vamos allá! —añadió con firme acento.

Un minuto después, podía consultar de nuevo el calendario. Marcaba una cifra enteramente satisfactoria,

Lane no se pudo contener y abrazó y besó a la muchacha.

—Has tenido una idea genial —dijo, teniéndola todavía en sus brazos—. A mí no se me hubiera ocurrido nunca.

Sylvia se ruborizó. A través de las ventanas, podían divisar un panorama que les era enteramente familiar.

—Estamos en casa —suspiró.

—Nosotros sí —dijo Phibbs en aquel momento.

Lane y Sylvia se volvieron al mismo tiempo, sin romper el contacto. La chica gritó débilmente al ver una pistola en las manos de Phibbs.

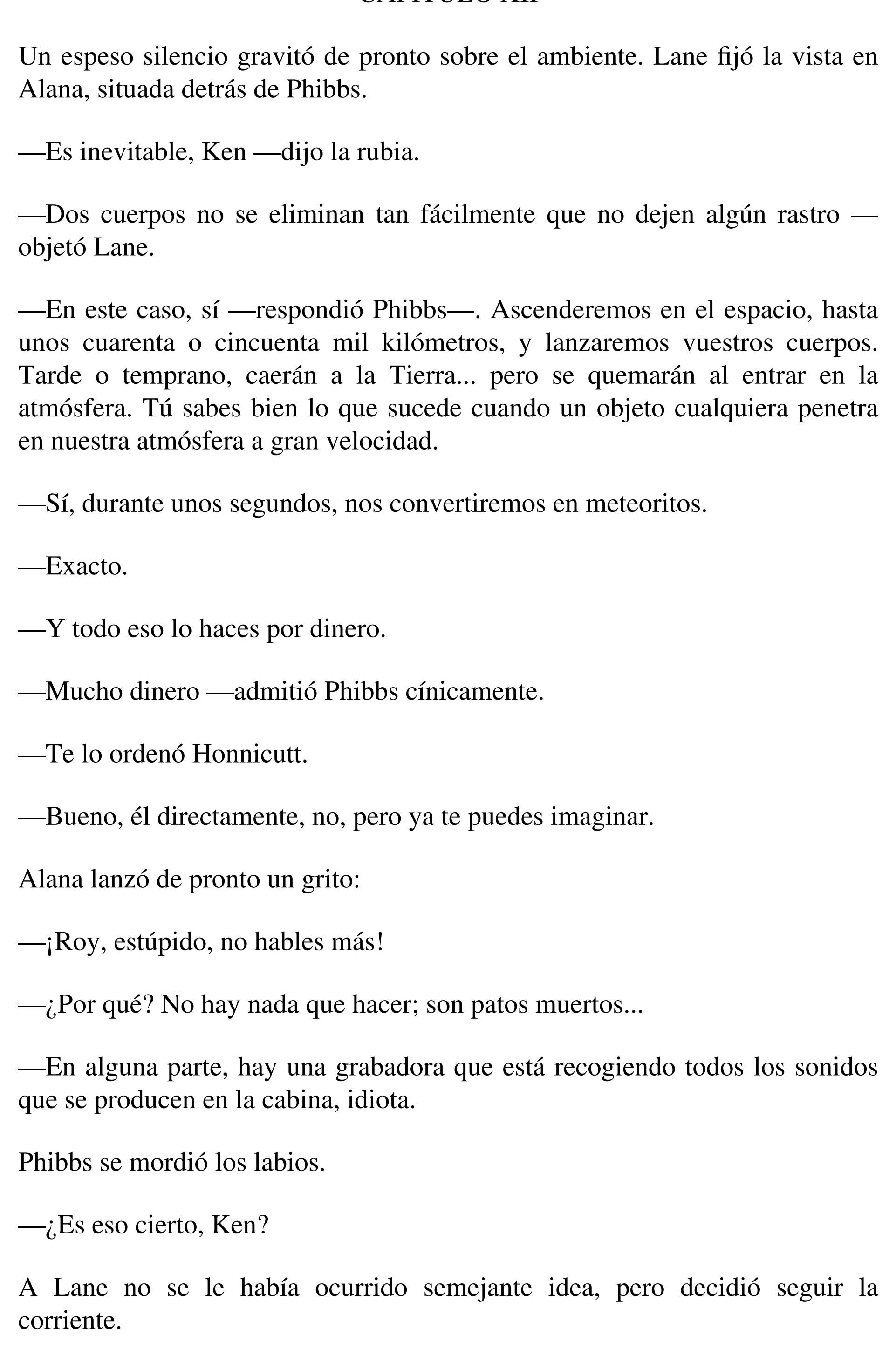
—Roy, ¿qué diablos pretendes? —exclamó Lane.

—Es bien sencillo —contestó el sujeto, sonriendo perversamente—. Vamos a quedarnos con la nave.

—Bueno, no podemos oponer resistencia. Es vuestra —dijo el joven, sabiendo que toda objeción resultaría inútil—. Deja que nos marchemos...

Phibbs meneó la cabeza.

—Lo siento, pero no podemos dejar testigos que cuenten lo que ha pasado —contestó.



CAPITULO XII

Un espeso silencio gravitó de pronto sobre el ambiente. Lane fijó la vista en Alana, situada detrás de Phibbs.

—Es inevitable, Ken —dijo la rubia.

—Dos cuerpos no se eliminan tan fácilmente que no dejen algún rastro —objetó Lane.

—En este caso, sí —respondió Phibbs—. Ascenderemos en el espacio, hasta unos cuarenta o cincuenta mil kilómetros, y lanzaremos vuestros cuerpos. Tarde o temprano, caerán a la Tierra... pero se quemarán al entrar en la atmósfera. Tú sabes bien lo que sucede cuando un objeto cualquiera penetra en nuestra atmósfera a gran velocidad.

—Sí, durante unos segundos, nos convertiremos en meteoritos.

—Exacto.

—Y todo eso lo haces por dinero.

—Mucho dinero —admitió Phibbs cínicamente.

—Te lo ordenó Honnicutt.

—Bueno, él directamente, no, pero ya te puedes imaginar.

Alana lanzó de pronto un grito:

—¡Roy, estúpido, no hables más!

—¿Por qué? No hay nada que hacer; son patos muertos...

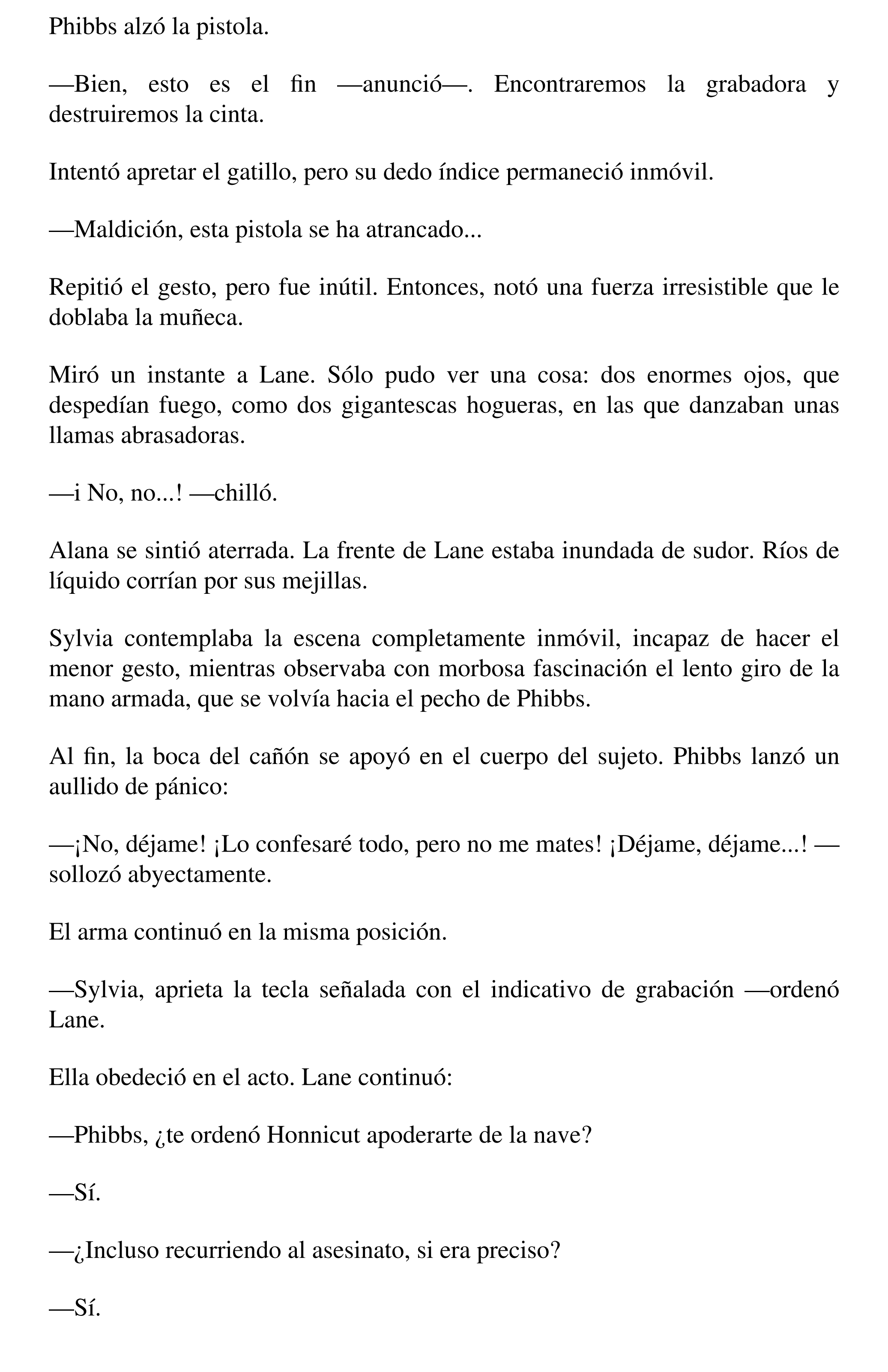
—En alguna parte, hay una grabadora que está recogiendo todos los sonidos que se producen en la cabina, idiota.

Phibbs se mordió los labios.

—¿Es eso cierto, Ken?

A Lane no se le había ocurrido semejante idea, pero decidió seguir la corriente.

—Por supuesto —dijo.



Phibbs alzó la pistola.

—Bien, esto es el fin —anunció—. Encontraremos la grabadora y destruiremos la cinta.

Intentó apretar el gatillo, pero su dedo índice permaneció inmóvil.

—Maldición, esta pistola se ha atrancado...

Repitió el gesto, pero fue inútil. Entonces, notó una fuerza irresistible que le doblaba la muñeca.

Miró un instante a Lane. Sólo pudo ver una cosa: dos enormes ojos, que despedían fuego, como dos gigantescas hogueras, en las que danzaban unas llamas abrasadoras.

—i No, no...! —chilló.

Alana se sintió aterrada. La frente de Lane estaba inundada de sudor. Ríos de líquido corrían por sus mejillas.

Sylvia contemplaba la escena completamente inmóvil, incapaz de hacer el menor gesto, mientras observaba con morbosa fascinación el lento giro de la mano armada, que se volvía hacia el pecho de Phibbs.

Al fin, la boca del cañón se apoyó en el cuerpo del sujeto. Phibbs lanzó un aullido de pánico:

—¡No, déjame! ¡Lo confesaré todo, pero no me mates! ¡Déjame, déjame...! —sollozó abyectamente.

El arma continuó en la misma posición.

—Sylvia, aprieta la tecla señalada con el indicativo de grabación —ordenó Lane.

Ella obedeció en el acto. Lane continuó:

—Phibbs, ¿te ordenó Honnicut apoderarte de la nave?

—Sí.

—¿Incluso recurriendo al asesinato, si era preciso?

—Sí.

—Ayudado por Alana Butler.

—Sí.

—Es suficiente. Suelta la pistola.

Phibbs obedeció.

—Ah, me olvidaba de una cosa —exclamó Lane—. ¿Tienes alguna contraseña para anunciar a Honnicut el éxito de tu... empresa?

—Sí —contestó Phibbs una vez más.

—Gracias —dijo el joven, pasados unos minutos.

* * *

Seguido de su fiel acólito, Dean Lockster, Honnicut penetró en la nave impetuosamente, con el rostro lleno de júbilo.

—¡Roy! ¿Dónde estás? —gritó—. Ven, quiero darte un abrazo...

Lane apareció de pronto en el umbral de la puerta que daba a la cabina de mando.

—Hola, señor Honnicut —saludó.

El recién llegado se detuvo en el acto.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Ken Lane, piloto de la primera nave movida por fuerza psicomotriz, señor. El procedimiento Kerrigan ha dado un resultado magnífico, se lo aseguro.

—¿Ha conseguido...?

—Sí. Hemos ido y vuelto a Andrómeda en segundos. Dos millones de años luz, ¿sabe, señor?

Honnicut se volvió hacia Lockster.

—Esto será una mina para nosotros, Dean —dijo.

—No eche las campanas al vuelo todavía, señor Honnicut —aconsejó el joven —. ¿Quiere acompañarme, por favor?

Honnicut asintió. Al entrar en la cabina, divisó a Sylvia, junto a la consola de mandos.

—Es la señorita Zand, mi copiloto —presentó Lane—. Sylvia, por favor, pon en marcha la grabadora. Quiero que el señor Honnicut escuche algo muy interesante.

—Debe de ser el informe de su viaje, ¿no?

—Escuche, por favor —insistió Lane.

Un minuto después, la cara de Honnicut había perdido todo el color.

De pronto, lanzó un agudo grito:

—¡Dean, mátalos!

—Ni lo intente siquiera —advirtió el joven serenamente—. Mire a través de las ventanas. Llega la Policía.

Lockster tenía la mano en la pistola y la retiró en el acto. Honnicut vio varios aeromóviles que se acercaban a la nave desde distintos puntos.

—Sus palabras han quedado también registradas —dijo Lane—. Honnicut, está perdido. ¡Y no lo siento, porque se lo merece!

En aquel momento, entraron varios hombres, encabezados por Kerrigan.

—Muchachos, al fin habéis vuelto —exclamó jubilosamente.

—Sí, hemos tenido un poco de suerte —contestó el joven—. Bien, ahí tiene a dos prisioneros. Los otros dos están encerrados en sus respectivos camarotes.

Kerrigan se volvió hacia uno de los policías.

—Capitán, puede llevárselos —dijo.

—Sí, profesor.

Minutos más tarde, Kerrigan quedaba a solas con la pareja. Entusiasmado, abrazó a Lane y a la muchacha.

—Podéis pedirme lo que queráis —dijo—. Os lo merecéis todo... pero, ¿qué diablos os pasa? ¿Por qué estáis tan gordos?

—Es un poco largo de contar —sonrió el joven—. Sylvia y yo necesitamos

descanso.

—Sí, claro, ha tenido que ser una época de mucho ajetreo para los dos... ¿Cuándo podrás darme un informe completo del viaje, muchacho?

—Todavía no puedo darle una respuesta, profesor. De momento, basta con que sepa que todo funcionó a las mil maravillas. Fuimos a Andrómeda y volvimos.

—Fantástico —murmuró Kerrigan—. ¡Cómo os envidio! A mí también me gustaría haber ido...

—¿De veras? Entonces, ¿por qué se quedó en la Tierra?

—Hombre, tenía trabajo...

—Sí, claro. Disculpe, profesor; le veremos lo antes que nos sea posible. ¿Vamos, Sylvia?

—Lo que tú digas, Ken.

* * *

Arrodillado junto a la enorme máquina, Lane dejó allí el paquete y manipuló unos momentos en una de sus caras. Luego se irguió y miró a Sylvia.

—Diez minutos —dijo.

—¿Seguro, Ken?

Lane asintió.

—Absolutamente —confirmó.

—¿Crees que es necesario?

—Estoy convencido. No más engaños, Sylvia. —Lane agarró la mano de la muchacha—. Bien, no perdamos más tiempo.

Diez minutos más tarde, situados a una distancia segura, vieron alzarse una colosal llamarada a las alturas, a la vez que el edificio y cuanto contenía saltaba en mil pedazos. La explosión sacudió el suelo con la fuerza de un terremoto.

—Adiós, máquina estafadora —dijo Lane.

A la mañana siguiente, aparecieron en el laboratorio de Kerrigan. El profesor les recibió con muy escasa amabilidad.

—¿Os parece bien? —gritó descompuestamente—. ¡Dos meses sin dar señales de vida, escondidos sabe Dios dónde...!

—Estábamos haciendo una cura de adelgazamiento —manifestó Lane sin perder la calma—. ¿No nos encuentra mucho mejor?

—Eso sí es cierto; tenéis un aspecto magnífico —admitió Kerrigan—. Pero, ¿necesitabais dos meses..,?

—El tratamiento lo requería, profesor. Tuvimos que seguirlo bajo vigilancia médica. Verá, no querían creer que nos tuvieron seis meses encerrados, cebándonos para comernos en un banquete caníbal...

—¿Eso os pasó en Andrómeda?

—Y muchas cosas más. —De pronto, Lane vio un periódico sobre la mesa y sonrió—: Ah, veo que se ha enterado de la noticia.

—Sí —gruñó Kerrigan—. Algún bastardo ha destruido la Predictora. Le costará caro, te lo aseguro.

—¿De veras, profesor? ¿Quién se atreverá a pedir responsabilidades por la destrucción de una máquina que falsificaba los pronósticos? Era como una máquina de hacer billetes falsos.

Kerrigan se atiesó.

—Lo sabes —adivinó.

El joven asintió.

—Más de uno habrá hecho cosas contra su voluntad, a fin de eludir un futuro profetizado con deliberada falsedad. He enviado cartas a los periódicos, dando detalles del caso. Al gobierno y a sus cómplices le va a costar caro, créame, profesor.

—Lo... lo hice en interés de la ciencia... —se defendió Kerrigan.

—Diga mejor en interés propio y de algunos sinvergüenzas que se llaman gobierno —corrigió Lane secamente—. Profesor, no cabe duda de que, es usted un genio, pero también un tipo carente de conciencia. Su astronave revolucionará los transportes espaciales y quizás un día le levanten un

monumento para honrarle..., pero, si vivo entonces, le pondré otra carga explosiva.

—Espera, muchacho; no puedes irte así, dejándome plantado... Te compensaré por los malos tragos que has pasado... Tengo dinero...

Lane le volvió la espalda.

—Vámonos, Sylvia —dijo.

—Ken, te olvidas algo —le recordó la muchacha.

—Oh, sí, es cierto.

Lane volvió a girar sobre sus talones y disparó el puño contra la mandíbula de Kerrigan, quien cayó de espaldas, con los pies por alto.

—Lo prometí, cuando supe que el asesinato de Lucille Smouts no era sino una comedia —dijo,

Kerrigan se sentó en el suelo, frotándose el mentón pensativamente. Al cabo de unos momentos, sonrió.

—Es un buen chico —murmuró—. Un día comprenderá mis propósitos y volverá. Ahora es mejor dejarle que disfrute un poco de la vida.

—Tenernos que hacer planes para nuestro futuro —dijo Lane más tarde, sentado junto a Sylvia, en el diván de la sala de su casa.

—¿Qué planes? —preguntó la muchacha.

—Ninguno de los dos cometeremos asesinatos. Hemos estado más allá del infinito y, por fortuna, hemos regresado. Yo puedo conseguir un buen empleo... y empiezo a pensar en que ya no me conviene la soledad.

—¿Buscas compañía?

—Si fueses tú...

—No está mal pensado —contestó Sylvia con fingida indiferencia—. Sí, puede resultar.

—Dará resultado —afirmó él rotundamente—. Sylvia, en medio de todo, Kerrigan no es malo. Sólo un poco desaprensivo... Quizá volvamos a verle algún día.

—Es pronto aún, Ken.

—Sí, lo sé. Ya pensaremos en algo; tenemos tiempo de sobra.

—Ken, creo que nos olvidábamos de una cosa. Tienes una mente excepcionalmente poderosa. No me gustaría que la usaras mal.

—Eso no sucederá, te lo prometo solemnemente. Ya ves, podría haberte forzado a contestar afirmativamente a mis propuestas, pero he dejado que seas tú quien tome la decisión.

—Y siempre será así, Ken.

—Sí, desde luego.

El zumbido del videófono se oyó de pronto. Lane alargó la mano y conectó el aparato.

—Ken, soy Helen Anders. Te he estado buscando mucho tiempo...

—Estuve de viaje —contestó Lane—. ¿Puedo servirte en algo?

—Estás enterado de las noticias, supongo. Honnicut y su pandilla fueron a parar a la cárcel. La S.G.T. sufrió graves pérdidas, pero nos repondremos. Tengo buenas noticias acerca de los tratos de la empresa con el profesor Kerrigan.

—Te felicito, Helen.

—Yo me siento muy agradecida por lo que hiciste en mi favor. Pero la gratitud hay que demostrarla con algo más que palabras. Mañana recibirás un cheque, Ken.

—Oh, Helen, no merezco...

—Te lo mereces y mucho más, puesto que me salvaste la vida. Oye, ¿quién es esa chica tan bonita que tienes al lado?

El joven se echó a reír, a la vez que pasaba el brazo por los hombros de Sylvia.

—Es la futura señora Lane —contestó.

F I N